

BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD CASTELLANA DE EXCURSIONES

AÑO XIII

Valladolid: Noviembre de 1915.

Núm. 155

TRADICIONES DE VALLADOLID

(Conclusión) ⁽¹⁾

El mascarón de la Plaza.

I

En la primavera de 1904 se desmontó con otras, al objeto de construir el edificio donde actualmente está instalado el «Hotel Moderno», la casa núm. 12 de la Plaza Mayor, propiedad de D. Santos Rodríguez. Tenía la fachada de esa casa á la Plaza, la particularidad de mostrar á la altura del piso segundo, entre los balcones segundo y tercero á contar desde la esquina de la calle de la Lencería, un mascarón de hierro fundido, del cual, decía la tradición vulgar, había sido colgada la cabeza de D. Alvaro de Luna, inmediatamente después de ser ajusticiado. No llegaba á tanto la verdad histórica; pero suponiendo que aquel mascarón recordaba por lo menos el fin trágico del Condestable, el Sr. Alcalde, á la sazón D. Pedro Vaquero Concellón, dispuso que aquel mascarón se recogiera por el Ayuntamiento, se levantara acta del hecho y se volviera á colocar en sitio próximo, una vez construido el edificio proyectado en aquel emplazamiento.

Dicho Sr. Alcalde, el oficial mayor del Ayuntamiento D. Mario González Lorenzo, y el que estas líneas escribe, con obreros municipales, procedieron á recoger el mascarón y encerrarlo en una caja para darle luego el destino oportuno.

Se verificó el acto el día 23 de Abril del año mencionado, y, como ocurre siempre, á alguno no pareció bien semejante acto, y lo exteriorizó el hoy Coronel de Ingenieros D. Pablo Parellada, ridiculizando algún tanto el hecho, basándose principalmente en que el mascarón no representaba nada, cuando era el único elemento que, por estar colocado en una fachada completamente lisa, algo quería decir. Ello motivó los dos artículos siguientes publicados el 26 y 28 del mismo mes en «La Libertad» (el primero aumentado en algún detalle ahora) en que reflejo la tradición y demuestro que algo quería decir aquel ornato perfectamente extraño á la fachada en que se encontraba.

La casa fué construída de nuevo; pero el mascarón no se puso. Llevóse éste al Ayuntamiento, y seguramente se perderá la tradición que mirábamos con respeto los que de niños teníamos nuestro campo de juegos en la antigua Plaza del Mercado de Valladolid. ¡Cuántas veces contemplamos con pavor aquella cabeza con argolla, de la que veíamos pender siniestramente la testa del Condestable! ¡Cuántas veces también nos le citaron, y reconstituíamos un hecho histórico de gran importancia! Hoy, desaparecido ese signo, ó de afrenta ó de reivindicación, nada recuerda el paraje. Así se van perdiendo las tradiciones locales, y la historia se oculta en los libros y papeles de los eruditos y curiosos.

(1) Véanse los núms. 136 á 139, 145 á 147, 150, 151 y 154.

II

Aunque personas de más significación y de más competencia que yo,—decía,—pudieran salir á la defensa de la tradición que sostenía el mascarón desmontado el sábado último de la fachada de la casa núm. 12 de la Plaza Mayor, colocado antes á la altura del piso segundo, entre el segundo y tercer balcón, á contar desde la calle de la Lencería, recojo algunas de las observaciones que, sobre particular tan interesante, hace mi distinguido amigo D. Pablo Parellada fundándome en que mi intervención en este asunto no será inoportuna, dado el carácter de mi cargo de asesor del Municipio y de la Alcaldía presidencia, razón bastante á no sumar la de hijo de esta ciudad y ser aficionado á las cosas de su historia. Siento que los apremios del tiempo y los apuros de mi trabajo ordinario no me permitan detallar este artículo, todo lo que deseara; pero algo he de citar, aunque sea brevisísimamente, que de seguro aplacará los escrúpulos del ilustrado ingeniero militar señor Parellada.

Debo confesar que, á la primera impresión, convence el articulito del señor Parellada: pide documentos irrefutables, y éstos, es cierto, se equivocan pocas veces; pero no atiende á la tradición que se basa siempre en algo histórico. Deséchese lo que el vulgo dice cuando no esté basado en sucesos ó cosas razonables ó prudentes, como el dicho vulgar de que de tal mascarón pendió la cabeza del Condestable de Castilla, cosa que no puede ser escuchada con atención por persona medianamente ilustrada; pero del dicho vulgar á la tradición hay gran distancia: la tradición razonada, esa relación de hechos que se transmite verbalmente de generación en generación, y que alguno, por fin, consigna y hace perdurar por medio de la escritura, está reconocida como una fuente importantísima de la historia; si solamente hubiera de estamparse, como legítima y verdadera, la historia documentada, pero con documentos diplomáticos, nuestra gloriosa historia patria, á buen seguro, quedaría reducida y aminorada en no pocos brillantes períodos, y hasta desaparecerían de sus páginas ilustres personajes que han sido gloria y honor de la patria española.

Pues bien, la tradición local, constantemente sostenida, dice que el mascarón de la Plaza Mayor representa la reivindicación de D. Alvaro de Luna, y que tal detalle simbólico se colocó, próximamente, en el sitio donde se elevó el cadalso donde el desgraciado favorito de muchos días quedó confirmado, por amañes de ambicio-

sos, en reo de deslealtad y de ejercer un poder más elevado que el del rey mismo.

Eso dice la tradición; podrá señalar el vulgo que en la Plaza del Ochoavo se dió suplicio á don Alvaro de Luna, y hasta señalará ciertas cadenas y una argolla; pero éstas recuerdan cosa bien distinta: las cadenas de la Plaza del Ochoavo colocadas en las ochavas inmediatas á la calle de la Piatería, así como aquella otra cadena de la entrada de la calle de Cantarranas en el ángulo con la Rúa Oscura, sencillamente eran detalles para sujetar el toldo de la procesión del *Corpus*, que se estrenó el 9 de Junio de 1605, según cuenta Pinheiro da Veiga en *La Fastiginia* (1).

Que el cadalso donde el Condestable pagó sus culpas, fundadas ó infundadas, se levantó en el solar de la ya indicada casa del 12 de la Plaza Mayor, lo dice la historia. Y echando mano á libros que están cerca de todos se puede leer: en la *Crónica de Don Alvaro de Luna*, de autor desconocido, y publicada en 1784 con un prólogo de D. José Miguel de Flores (pág. 378): «Estaba en la Plaza Mayor de Valladolid acerca del Monasterio que ya diximos de Sant Francisco, fecho un nuevo cadahalso para aquella nueva cosa que jamás en Castilla non fué vista su semejante, que un tan grand señor moriesse sentenciado á muerte por el Rey, é apregonado por un pregonero. E despues que aquel tal cadahalso estovo guarnescido é adereszado, como convenía para un tal fecho é tendida en el suelo dél una rica alfombra...» Sabido es que el autor de esta crónica si aún es desconocido, pues no resultó ser cierto fuera Antonio de Castellanos, como dijo Pellicer, fué contemporáneo del Condestable. Aparte de otras crónicas y escritos de la época, cito otro documento, de un autor de aquel tiempo, del que Lafuente copia sendos párrafos; en uno se lee: «Cabalgaba—D. Alvaro—en una mula cubierta de luto y él llevaba una capa larga negra. Lo llevaron al lado del convento de San Francisco donde estaba levantado el cadalso cubierto con una rica alfombra.» El P. Mariana en su conocida *Historia de España* (tomo III, libro IV, capí-

(1) Escribe el gracioso portugués, refiriendo las fiestas de aquel año en el día del *Corpus*, que «á causa del sol, entoldaron todas las calles por donde había de pasar la procesión, con telas de lino y estopa; y donde las calles eran anchas, ó había plazas, se levantaron mástiles para poner el toldo, y fueron 600 los cobertizos levantados, y con ellos y con el toldo de las calles se cubrieron 2.000 pasos, de tres palmos el paso; y tenía el toldo 8, 9 ó 10 paños, según las calles, y así necesitaron 16.300 varas de estopa, toda la cual se cortó de nuevo, y por cosa notable lo cuento.»

Algunos obreros del Ayuntamiento recuerdan los toldos del día del *Corpus*.

tulo XIII), dice también: «En medio de la plaza de aquella villa tenían levantado un cadalso, y puesto en él una cruz con dos antorchas á los lados y debajo una alfombra.» El historiador local Antolínez de Burgos apunta que «Fué degollado D. Alvaro de Luna en la plaza de Valladolid, un martes 17 de Julio de 1453—equivocó la fecha que probó Flores fué el 2 de Junio.—Estaba la plaza entonces donde hoy es el Ochovo... el cadalso se labró de piedra el cual sirvió muchos años después para haber en él almoneadas.» Sangrador, que siguió á Antolínez, añade que «en la Plaza Mayor, que según se ha indicado ocupaba entonces el terreno que hoy la plazuela del Ochovo y sus inmediaciones, se había construído un enlutado cadalso... y se levantaba detrás de ella—de una cruz—un elevado madero, en cuyo remate se veía la escarpia ó garfio de hierro destinado á recibir la ensangrentada cabeza de D. Alvaro.» Quadrado en *Valladolid, Palencia y Zamora* siguió á Sangrador; Fulgoso se fijó en la famosa plazuela del Ochovo en la *Crónica de la provincia de Valladolid*; los escritores locales más modernos han copiado á los antiguos. Pero han fijado la plazuela del Ochovo, sin duda por creer que fuera el mayor espacio libre, ó no edificado, de los que ocupó parte de la antigua Plaza de Valladolid, de la Plaza del Mercado, como se la llama en los libros de actas del Ayuntamiento.

Hay que tener en cuenta cómo estaba la plaza de Valladolid, no sólo antes del incendio de 1561, sino antes también del de 1461 (6 Agosto), que fué tan importante como aquél. Fr. Matías de Sobremonte, en la *Historia inédita del convento de San Francisco*, expresó que el «Sabado 2 de Junio del año 1453 á las 8 de la mañana se hizo Justicia en el Mercado ó Plaza maior de Valladolid, que llegaba entonces hasta la frenería (1), del Gran Condestable D. Alvaro de Luna.»

La plazuela del Ochovo se construyó con la forma de hoy después de 1561; pero antes de 1461, precisamente en la época del suplicio de D. Alvaro, la Plaza del Mercado, equivalente á la Plaza Mayor, era grandísima, y comprendía también parte de las calles, si no todas, de la Lonja, Lencería, las llamadas callejuelas, Quiñones, parte de la hoy calle de Ferrari (antes de la Fuente Dorada), portales de Provincia; era de forma irregular, separada por construcciones, irregulares también, de la Gallinería vieja (hoy plaza de la Fuente Dorada), y estaba libre la entrada del convento de San Francisco (Gran Bazar), donde estaban las casas del Ayuntamiento, su lado iz-

quierdo, y encima de aquella entrada la armería de la ciudad (1).

Con estos antecedentes, y otros muchos más que tengo de la situación de la Plaza, fácilmente se colige que, según los cronistas testigos del suplicio, el cadalso se elevó próximamente hacia la calle de la Lencería, frente ó al lado de la entrada de San Francisco, única construcción que el convento tenía en la Plaza. Ese punto equivale al centro de dicha Plaza,—en el medio, como dijo Mariana;—luego no hay que dudar que sobre el solar de la casa núm. 12 se elevó el cadalso en que feneció D. Alvaro de Luna.

Y confirma más ésto el que antes de 1561 había casas en la calle de la Lencería, pues ya he hecho constar en otro lugar (2), que en el incendio de dicho año, se quemaron, entre otras muchas, unas casas que Diego de Anuncibay, yerno de Berruguete, tenía «en la lenzería», que antes fueron de su abuelo Diego de la Haya. También he observado, al reconstruirse en 1913 la casa de la esquina de la calle de la Lencería á la de Alarcón, restos de construcción más antigua que la que se derribaba, que adelantaba hacia el centro de la calle y aparecía con señales de haber sufrido un incendio. Esos restos procedían, indudablemente, de una casa que se quemó en 1561, construída ya por 1461. Porque en esta última fecha, ocho años después de la muerte de D. Alvaro de Luna, no existían las casas entre Ochovo,—que empezó á llamarse así después de 1561,—y Plaza Mayor, por lo menos en la disposición que las hemos conocido: en el incendio de 6 de Agosto de 1461 se quemaron 430 casas «con la Costanilla (3) é parte de Cantarranillas é de la Rua oscura,» como dice el *Cronicón de Valladolid* (4), y el no propagarse el fuego á la Plaza, fué por el gran espacio que separaba las edificaciones irregulares de las inmediaciones del hoy Ochovo con la acera de San Francisco, donde, como se ha repetido, además del convento de este nombre, estaba la casa del regimiento.

La Plaza del Mercado, ó Plaza Mayor, pues, en la época del suplicio de D. Alvaro de Luna, venía á ser con más ó menos irregularidad, la actual, añadida de parte de las manzanas de casas de Lencería, Jabón y lo que se llamaron callejuelas. El cadalso, al estar en medio de la Plaza, frente ó al lado del convento de San Francisco, tiene que coincidir forzosamente con la manzana de casas entre Lencería y la acera de

(1) V. mi trabajo *Las antiguas Casas Consistoriales de Valladolid*.

(2) En mi estudio *Una obra auténtica de Berruguete en De Arte en Valladolid*, pág. 18.

(3) Calle de la Platería.

(4) Edición suelta de Baranda, pág. 40.

(1) La Frenería era la hoy calle de Cánovas del Castillo, hasta hace pocos años titulada de los Orates.

aquel nombre, próximamente en el solar de la repetida casa (1).

Luego del incendio de 1461 se hacen la calle de la Lencería y las adyacentes, y más tarde necesidades del plan que ideó el arquitecto Salamanca, al reedificar la Plaza Mayor, con motivo del incendio de 1561, obligaron á reconstruir sobre dicho solar de la casa número 12, y, hemos podido comprobar que la edificación de la casa se aproximaba mucho á ese período, sin que es claro, por ello se pueda aquilatar hasta el año en que se levantó. Es indudable que la construcción podía clasificarse entre fines del siglo XVI y el XVII.

El mascarón ¿á qué período artístico pertenece? No presenta muchos detalles que puedan guiar al *arqueólogo*; pero es indudable que entra de lleno en el carácter del estilo barroco y, por tanto, hay que señalarle una data comprendida entre el último tercio del siglo XVII y parte del XVIII. Y ¿qué representa tal mascarón? Hay simbolismos en el arte, es claro que convencionales, pero que se siguen tradicionalmente y se admiten sin discusión: una cabeza con una argolla pendiente de la boca es el símbolo de la *calumnia*, y para hacerla más significativa se coloca la argolla en la boca del león, representación simbólica también de la nobleza, equivalente, por tanto, á la mayor calumnia, al máximo de calumnia.

(1) Después de *corregido* y *augmentado* este artículo, para darlo de nuevo á la imprenta, se ha publicado por mi amigo D. León de Corral, el interesantísimo libro titulado *D. Alvaro de Luna, según testimonios inéditos de la época*, y en él se copian dos documentos de gran importancia, que llamaremos, como el autor, *el manuscrito de Zarauz* y *el pleito de Cornago*. Con ellos, á mi objeto, hoy queda archicomprobado el lugar del cadalso del Condestable. Al copiarse en el primer documento, declaraciones de varios testigos que presenciaron el suplicio, dice uno de ellos, Juan de Vallejo, que el cadalso «estaba hecho enfrente de la iglesia de San Francisco de la dha villa, solamente para aquel acto» (pág. 89); otro testigo, cuyo nombre no se hace constar, pero sí que estaba preso «a pedimiento» del merino Alonso Niño, y que salió como pregonero en la fúnebre comitiva, dijo que el cadalso estaba «a la puerta de San Francisco» (pág. 93). En el pleito de Cornago deponen: Hernando, pregonero cuando sacaron al suplicio al Condestable, que á éste «le subieron en un tablado questaba fecho en la dha plaza» (pág. 114); «Vberto, joyero del rey» (pág. 115) que «lo subieron á un tablado questaua fecho»; Rui Gonzalo, de Portillo, «mercader» (pág. 116), «fasta que le llegaron al tablado questá en la dha plaza»; Iñigo, «lencer» (pág. 117), «bió hazer un tablado en que le subieron»; y Juan Catalán (pág. 118), «le bió degollar en un tablado de la plaza.»

Con las declaraciones del manuscrito de Zarauz queda definitivamente comprobado el sitio de la ejecución, así como que fué el 2 de Junio; por las del pleito de Cornago, se demuestra que el cadalso no era de piedra, como dijo Antolínez de Burgos, sino un tablado, y hecho precisamente para el acto.

Los que tal decían eran testigos presenciales de la ejecución.

Si unimos estos particulares á que en 1658, al decir de algunos, se dió la sentencia reivindicando á D. Alvaro de Luna, y declarándole leal y fiel vasallo de D. Juan II, me parece que la tradición queda probada, y que el mascarón desmontado el sábado de sobre los portales, que se llamaron Panadería de Villanubla, recuerda, juntamente con la ejecución de D. Alvaro, puesto que allí se verificó, la *calumnia*, la mentira, la falsedad con que «depusieron los testigos» que se llevaron al breve é irregular proceso que se formó al Condestable. Especie es ésta que apuntó Sangrador, sin llegar á detallar tanto; claro que todo ello parece deducirse lógicamente reuniendo todos los datos indicados.

Una observación hace el señor Parellada que afirma más mi criterio. Dice, y es cierto, que como el mascarón de la Plaza hay otros dos en el que fué palacio de los marqueses de Valverde en la calle de San Ignacio: uno en el antepecho de la laboreada ventana y otro en la clave del arco adintelado de la misma, sobre el eje de la puerta. Es verdad; deben estar vaciados los tres sobre el mismo molde. Pero aquí también tenemos que hacer unas observaciones. En primer lugar, el carácter de la fachada de la casa de los marqueses de Valverde es anterior al del último tercio del siglo XVIII que le señala el señor Parellada (año 1763), pues que en éste dominaba por completo el clasicismo restaurado por Villanueva y por Ventura Rodríguez. Dicha fachada tiene algo del Renacimiento avanzadísimo en su primer período, y no poco del barroco: ¿no pudiera ser del siglo XVII? Pero la edad poco importa si los detalles á que me refiero dicen algo. Evidentemente la casa de la calle de San Ignacio tiene también su tradición y esos mascarones ¿no serían del mismo modo la representación simbólica, la rehabilitación de la adúltera á la que se refiere Campoamor en el *Drama universal* al tratar del pecado de la impureza? De mozo escribí varias tradiciones vallisoletanas—muy malas bajo el punto de vista literario—y allí desarrollé el asunto con el título de «Un pregón ejemplar».

Además, podría pasar que en la calle de San Ignacio dichos mascarones fueron solamente un motivo más de ornato; pero no en la Plaza, siempre de *decoración fija*; allí el artista pudo echar mano de ese motivo por simple capricho: hasta eso se puede conceder, por más que no sea lo más probable; pero en la Plaza Mayor no es lógico: entre dos balcones, casi á la altura del piso, sin relación con nada, aislado, era un pegote hasta de mal gusto, si no decía nada, que no hubiera sido consentido ni por el propietario de la finca, ni por el Ayuntamiento, escrupulosísimo

en otros tiempos en ese particular del ornato público como en otros muchos más que han ido saliendo de sus atribuciones propias.

Aunque fuera el medallón del siglo XVIII, ó aún de época más moderna, y sentando que ha sido moldeado á la vez que los de la casa de los marqueses de Valverde, lo que admito y concedo, no quita para que, pusiérase cuando fuese y por quien fuera, recordase lo ya indicado. La tradición lo dice; la tradición tiene aquí bases históricas; consúltese á las personas de avanzada edad y de cultura que por sus circunstancias especiales saben de estas cosas, y desharán la duda del señor Parellada, si es que no le convencen mis desaliñadas palabras.

Resumen de todo esto, según mi criterio, y respetando siempre otra opinión, es que

1.º No ha sido por una simple suposición lo hecho el sábado último, y es aventurado calificarlo de dislate.

2.º Por la colocación, sitio, detalles que le rodeaban, etc., no puede calificarse de adorno ó capricho el medallón de la Plaza.

3.º El mascarón es un símbolo de la calumnia y, probablemente, conocida la tradición, lo serán también los del palacio de la calle de San Ignacio.

4.º No pudo ser caprichosa la colocación del mascarón en la fachada de una casa construída en un solar donde, próximamente, se levantó el cadalso en que murió D. Alvaro de Luna.

5.º Debe mantenerse la tradición sustentada, corrigiendo los dichos vulgares, como el de que en el mascarón estuvo sujeta la cabeza del Condestable.

Y termino manifestando que por el mascarón, tantas veces repetido, la capital de Castilla no perderá, ni momentáneamente, un adarme de su respeto y cultura. Creo lo contrario: á censuras despiadadas tendríamos los vallisoletanos que someternos, si fuéramos borrando de las calles los signos que al pueblo impresionan vivamente y hacen que no se separen nunca de su memoria los hechos históricos que presencié en tiempos, muy distintos á los nuestros por tantos motivos, aquella villa que al fin conserva el abolengo y la importancia material que ganó por leal, por noble y por heroica.

III

Tampoco creí yo, como mi buen amigo el señor Parellada, que tendría que coger la pluma para decir algo más que en el anterior artículo sobre el asunto que motiva el epígrafe; pero la más elemental cortesía me obliga,—si no á de-

volver al aplaudido escritor los *piropos* que me dirige en su segundo artículo publicado hoy, porque ¿qué voy á decir yo del ingenio y de la galanura de los escritos del señor Parellada cuando son tan conocidos de todos?—á no dejar desairada la réplica, ya que tan atento ha sido al hacerse cargo de mis conceptos. Y creo que con esto termino la discusión.

Empiezo, pues, rectificando un hecho. En efecto; se me ha señalado como inspirador del alcalde, y franca y sinceramente debo confesar que no han partido de mí tales iniciativas; pero también debo advertir que nunca me hubiera arrepentido de ellas, porque siempre he creído, creo y seguiré creyendo, mientras no se demuestre otra cosa, que el susodicho mascarón algo representa relacionado con la decapitación de D. Alvaro de Luna. Precisamente, por creer alguien que por mi cargo pude asesorar al alcalde escribí el artículo anterior, bien que se me hacía irresistible no decir nada del mascarón, puesto en tela de juicio ahora.

El señor Parellada sigue negando á la tradición su importancia como fuente de la historia. Ya lo dije: entre el dicho vulgar, que equivoca los hechos, ó los aumenta ó desfigura en gran modo, y la tradición razonada, prudente, hay una distancia inmensa; en aquel jamás se basará la historia, en ésta recoge de continuo materiales. Ni es ocasión para debatir sobre este particular, ni sería muy interesante la discusión; porque si se ha equivocado la tradición algunas veces, no ignora el señor Parellada que los mismos documentos, que hoy llamaríamos públicos, han errado é inducido á error y ha habido que rectificar, y seguirá rectificándose, la historia. La tradición lógica, la que no repugna á los hechos históricos comprobados, es algo así como las teorías científicas, tiene fuerza y valor hasta que se pruebe que no es cierta, ni pudo serlo.

No es un dicho de la gente de lo que se trata, es algo más serio y formal en lo que la tradición se basa. Pero como no conozco documento que haga constar lo que yo sostengo, voy á prescindir de la tradición.

En lo que habrá que convenir conmigo es que en el solar, ó sus inmediaciones más próximas, de la casa del núm. 12 de la Plaza Mayor, se levantó el cadalso para ejecutar al Condestable. Este es un dato, voy por otro.

Sin duda, me expliqué mal en lo que indiqué sobre la casa de los marqueses de Valverde. En ella he notado elementos del arte del Renacimiento, en una fecha avanzadísima de su primer período, y he visto también elementos barrocos, y lo son, entre otros, los dos mascarones del *pleito*. Decía, ó quise decir, que el carácter de la

fachada parecía ser anterior al 1763, y que bien pudiera ser obra pensada ó ejecutada en parte en el siglo XVII, y que los mascarones tuvieron también el mismo sello barroco, ya seguido rara vez en periodo tan adelantado del siglo XVIII. Pero eso no importa: quiero dar á la inscripción «Año 1763» de la cartela de encima de la ventana de la casa palacio referido todo el mayor valor posible, y acepto que represente ó signifique el año de la terminación de la obra; está en lo probable, por lo menos. Los mascarones, repito ahora, son iguales al de la Plaza, ó así me lo parece á mí también. Están hechos en el siglo XVIII, y lo mismo sería para mí que se hubieran moldeado en el siglo último. Resulta que se hacen después de dada la sentencia de reivindicación por el Consejo supremo de Castilla. Aún prescindiendo de que existiese esta rehabilitación. Ni el Padre *Concedo* sería más condescendiente.

Hago caso omiso del simbolismo del mascarón. Hasta ahora hemos tenido por la *calumnia* tal signo ó elemento decorativo, así lo reconocen personas entendidas en estos particulares; pero ¿para qué molestarlas oyendo su opinión? Esos simbolismos, desde los tiempos en que se empezó á abusar de los *amuletos*, hasta el siglo XVIII, han sido frecuentes; pasando por alto los infinitos simbolismos de los detalles decorativos de la Edad Media, quedan buen número en la época moderna, y elementos inspirados en motivo análogo al de que trato, se ponían hasta en los llamadores de las puertas; y se hacía ¡tiempos atrasados y de incultura! para ahuyentar los malos espíritus, los malos deseos, para afejar los vicios, etcétera; no sólo eran el capricho del artista, eran una costumbre de los tiempos, basada en algo que hoy nos parecería ridículo, pero fundada, al fin, en un ideal, en cierto modo, de pensar. Es claro que luego siguiéronse haciendo muchas cosas, como antes, pero sin su *filosofía*, y nada de particular tiene que Sabatini colocara un mascarón, parecido á los de Valladolid, en la puerta del edificio de la Aduana, por más que *tampoco* allí holgara el simbolismo.

Pero ¿para qué hacer *equilibrios*, como diría mi ingenioso amigo señor Parellada? Niéguese que existió tradición, infundada quizá, en la casa de los marqueses de Valverde, y afirmese, por el contrario, que los mascarones allí puestos son solamente un detalle de ornato, pero ¿puede decirse lo mismo del idéntico mascarón colocado en la Plaza? Si la Plaza Mayor hubiera estado *decorada*, desde 1561 hasta la fecha, de distinta manera á como está hoy, cabría la duda; pero si no ha sufrido nada su arquitectura desde la época de Felipe II,—á no ser la desaparición de la Casa Consistorial que hemos conocido aún los que no

somos viejos,—como así ha sucedido, justo es confesar que el mascarón, puesto en la casa del 12 sin justificación alguna del arte, algo quería decir. ¿No se refería á la mentira, á la falsedad con que declararon los testigos en el proceso de D. Alvaro? Bueno, otra cosa sería. Allí, en la casa del 12 de la Plaza, pusiérase en el siglo XVIII ó en el siglo XIX,—que no importa el año,—pusiérase por el Ayuntamiento, que no es lo probable, por la familia del duque del Infantado, que, si no recuerdo mal, heredó los bienes del Condestable, ó por alguna persona extraña—que no son pocos los casos en que personas completamente ajenas al *conmemorado* le dedican recuerdo laudatorio,—fuese por quien fuese, en aquella fachada derribada estos últimos días, se colocó un detalle, allí anómalo, allí irregular, allí sin arte alguno, si no quería manifestar nada. Ese capricho estrambótico era hijo nada más que del capricho mismo; pero no había de ser colocado sobre una puerta, sobre un hueco, más ó menos artístico ó monumental; á pesar de ser de metal habría de colocarse entre dos misérrimos huecos de balcón, abiertos en una pared de entramado de madera y humilde material. No; algo habría de querer decir el mascarón de la argolla.

Me quedo, pues, con dos datos. En el solar varias veces indicado se levantó el cadalso en que fuera ejecutado D. Alvaro de Luna; es decir, en el solar de la que ha sido casa núm. 12 de la Plaza. Otro: en la fachada de la misma casa, de la Plaza, estuvo colocado, hasta el sábado último, un mascarón, que no representaría la calumnia, si se quiere, ni nada parecido, pero allí había una *carantoña*, un signo, un detalle de ornato, como se pretenda llamar; es igual. Estos dos datos tenemos que relacionarlos forzosamente los vallisoletanos, y de la unión de ambos sale no la fantasía, ni el dicho vulgar, ni siquiera la tradición; se deduce el hecho de conmemorar algo, de recordar algo que tan directamente se refiere á D. Alvaro de Luna.

Por eso se ha conservado la tradición, y perdurará por mucho tiempo, si vuelve á colocarse tal mascarón, en la construcción que se levante ahora, todo lo más próximo al punto en que estuvo por muchos años, modo de que los vallisoletanos no olvidemos los recuerdos de esta ciudad,

«...en cuyas anchas plazas
no hay piedra que no sea
testigo de un suceso,
despojo de una edad;»

como dijo Ferrari en su hermoso cuadro histórico «Dos cetros y dos almas.»

JUAN AGAPITO Y REVILLA

POR ESPAÑA

(IMPRESIONES DE VIAJE)

SALAMANCA

Mucho tiempo hacía que era mi deseo visitar la ilustre ciudad cuna de las hispanas ciencias, emporio de sabiduría, rico museo del arte patrio y guardadora incomparable de recuerdos históricos.

Tantas veces había oído hablar de la castellana capital y siempre con tanto elogio; habían pasado ante mis ojos tantas bellas fotografías de sus numerosos monumentos, y tan galanas descripciones de sus arquitectónicas riquezas, que en mí se había despertado un ardiente anhelo de ir personalmente á escudriñar por sus callejas rebuscando el arte en el más apartado y oculto rincón, pues era mi creencia, y sigue siéndolo, que la inmortal *Salamanca* guarda para el curioso viajero infinitos ignorados detalles con que tropieza allí donde menos pensara hallarlos.

Y llegó por fin á realizarse mi aspiración. Era una clara mañana del mes de Abril cuando asomado á la ventanilla del tren con el ansia de contemplar cuanto antes la deseada joya, y por un recodo de la vía, apareció ante mi vista la mole de la ciudad, con su característica pátina que da á sus monumentos el aspecto de estar fabricados de cera moldeada en la que el artista no hubiera necesitado de buriles y cinceles para dar forma real á las ricas fantasías de su mente. Coronando el conjunto rasgaban el cielo las torres de sus catedrales y de la Clerencia y lamiendo sus arcaicos muros corría el Tormes anchuroso que refleja en sus diáfanos aguas la silueta de la ciudad.

Qué extraña impresión, difícil de expresar, envolvió mi ánimo; era como una alegría inmensa que al mismo tiempo me producía un efecto de opresión que, agolpando la sangre á mis sienes me sumía como en un mareo al que mi imaginación forjaba por sobreponerse á fin de no

perder detalle de lo que ante mi vista por primera vez tenía después de tanto tiempo de esperar lograrlo. Abría desmesuradamente los ojos con temor de dejar escapar el más nimio detalle; mi respiración se hizo fatigosa y una nerviosa agitación recorría todo mi sér produciéndome la alucinación de que todo era sueño. ¿Sería posible? ¿Estaría ya tan cercano el logro de mis deseos? Estas eran mis reflexiones mientras una voluntad imperiosa me impelía á desear forzar la marcha del tren; quisiera que éste corriera cuanto pudiese para llegar lo más pronto posible al término de su carrera; que se detuviese en la estación para inmediatamente saltar del coche y sentir la emoción de poner mi planta sobre el trozo de suelo castellano que pisaron los Nebrija, Cisneros, Fray Luis, Colón.

Y el tren corrió, corrió y cruzó, por metálico puente que trepidó á su paso, el manso Tormes que vá á perderse hallá lejos y que nos trae el recuerdo de la Santa Carmelita que en Alba reposa; y atravesó calles y paseos y saltó sobre las agujas y se detuvo por fin bajo la marquesina; y bajando rápido y desentendiéndome de los mozos, intérpretes y demás solícita servidumbre de los hoteles, empecé á pie el camino de la urbe, pues no quería mancillar mi entrada en la vetusta ciudad con el cascabeleo de los tiros y el rodar de los coches.

Quería además entrar solo para gozar de la emoción de ignorar dónde me encontraba, para detenerme cuantas veces quisiese ante el heráldico escudo que pregona con su empenachada cimera el alto linaje del noble propietario de tan señorial mansión, ante la portada de afiligranado arco apuntado, ante las labradas rejas de las ventanas que tantos secretos guardarán de estudiantes y damiselas, ante las imágenes de los ni-

chos de cuyos milagros nos hablan las viejas leyendas; perderme por las empinadas estrechas callejas, recubiertas de verde hierba que denota su escaso tránsito; deambular al azar por entre los viejos caserones castellanos de amplio zaguan y claveteada puerta, ante la que, impensadamente, se demanda hospitalidad con la salutación del Angel: "Ave María Purísima,..."

Y nunca me pesó mi decisión y jamás olvidaré este mi primer paseo por Salamanca, solo, sin guías, atenido únicamente á mis recuerdos, orientándome por las torres de sus iglesias y andando, andando insensible de la hora y al cansancio

Y por amplio arco desemboqué en la espaciosa Plaza Mayor, enorme, cuadrada, rodeada de sus noventa arcadas, ornada de medallones con los retratos de los reyes y españoles ilustres, formando una bella perspectiva de la que destaca el macizo de la Casa Consistorial con sus amplios balcones adornados de ojarasca, niños y columnas corintias, entre las que descuellan los bustos de Carlos IV y su esposa María Luisa, y coronando el edificio una elegante balaustrada que se interrumpe en su centro para dejar lugar al reloj de torre cuyas sonoras campanadas caen lentas, diáfnas en la quietud del mediodía.

Atravieso al azar un arco cualquiera y me detengo ante hermosa portada románica que forma el ingreso á la iglesia de San Martín. La bordeo, y al desembocar en una amplia y recta calle, la de la Rúa, aparece ante mi vista el espectáculo grandioso de la Catedral elevada del resto de la anchurosa plaza en que se asienta por amplia plataforma que la rodea por dos de sus costados y á la que da acceso cómoda escalinata de piedra que me conduce al pie de la alta torre recubierta de extravagantes fantasías churriguerescas. Pocos pasos más y héme ante la portada principal, y aquí quisiera yo disponer de rico léxico, imaginación y galanura para poder expresar mi admiración ante tan sublime obra en la que el artista desplegó las dotes todas de su ingenio fecundo. Quisiera gozar de la misma fogosa fantasía que inspiró á los artífices que trazaron tan rica ornamentación gótica, cual la de aquellas arquerías, aquellos doseletes que cobijan á santos y ángeles, los calados, hojas, follajes, escudos, bustos, animales, filigrana é imaginiería, en fin, que por sí sola constituye valioso museo de inagotables detalles imposibles de percibir en una sola visita.

Gratamente impresionado traspongo el umbral y ante la majestad y suntuosidad del templo queda en suspenso mi ánimo. Su estilo, gótico moderno, trae á mi mente el recuerdo de la de Sevilla, y como en ésta, la música rítmica, pausa-

da, del órgano, que desgrana sus notas por la quietud de las naves, me llena de un bienestar general, de una infinita tranquilidad que me inclinan á orar, y salir de la Santa Casa, silenciosa, religiosamente.

Sin embargo, el ansia de ver más, de aprender algo entre estos sólidos muros, me hace profanar irreverente el mandato de mis sentimientos, y atrevida, osadamente deambulo de un lado á otro del templo, de puerta en puerta, de capilla en capilla, admirando en ésta su primitiva imagen de severas líneas y arbolados colores; en aquella un cuadro, un tríptico, un sepulcro austero y tenebroso, cual en la del fundador, que reposa bajo afiligranado arco del lado de la epístola; me detengo ante las rejas trabajadas con arte, adornadas de jarrones con ramos de azucenas, armas de la Iglesia puesta bajo la advocación de la Asunción de la Virgen.

En mi peregrinación encuentro una puerta abierta y una escalinata por la que me apresto á descender; bajo ocho ó diez escalones y me encuentro en espaciosa nave, alta, esbelta, llena de luz que contrasta con la escasa de la Catedral: Es la Vieja, la primitiva Catedral levantada por *D. Iheronimo*, severa, majestuosa en sí, dentro de la majestuosidad del estilo románico á que pertenece.

Su doble serie de columnas de zócalos redondeados y capiteles artísticos; sus capillas, su gótico retablo con más de 50 tablas de Nicolás Florentino representando la vida de Jesús, el claustro á cuyas paredes se adosan inúmeros enterramientos notables por su antigüedad y trabajos artísticos, como los de *D. Diego* y *D.^a Elena*, *D. Aparicio*, cuyos nombres y cuyas lápidas de indelebles caracteres nos recuerdan otros tiempos de feudos y vasallos, lanzas, torneos, justas y nobles empresas patrias. Sus tablas, trípticos, como el de Gallegos, inscripciones é imágenes en fin, olvidadas y polvorientas nos hablan de Salamanca la vieja, la noble, de su Universidad renombrada, de sus crónicas que llegan á nosotros como leyendas y recuerdos de los que sólo alguna fecha, algún detalle perdido viene ahora á mi imaginación que se pierde en el intrincado laberinto de lo leído acerca de estos templos que tanto deseé visitar y que hoy me parece sueño pisar por sus losas centenarias.

Qué decir de la Capilla de Santa Bárbara, de la mozárabe, de la de Anaya; célebre aquélla por los siglos de los siglos, porque en ella se confirieran los grados universitarios cual lo atestiguan aún su recubierta mesa, su baqueteado sillón y aquella puertecilla llamada de «los carros», de funestos recuerdos para los estudiantes salman-

tinios. No menos notable la segunda en que síguese el rito mozárabe. Digna de mención la última por su rica verja que rodea el enterramiento.

Y tantos detalles que para sólo enumerarlos preciso fuera grueso volumen y una más galana pluma que la de este descarriado viajero, ganoso sólo de ver y de aprender, y que no acierta á expresar lo que vió y sintió al contemplar las joyas patrias que Salamanca encierra.

Salí de la vieja Catedral, y por estrecha pendiente y tortuosa calle vine á desembocar en ancha esplanada, que atravieso, y llego á acomodarme sobre la pétrea barandilla del Puente Romano,

y desde allí, bajo un claro sol que caldea mis espaldas, contempló otra vez el conjunto de la ciudad destacada sobre el azul puro del cielo y que me llama nuevamente para mostrarme los encantos de su Universidad, de la Clerecía, del Palacio de Monterrey, de la famosa casa de las Conchas, de sus patios, de sus templos, de sus torres, de todos sus detalles, en fin, que he de recorrer poco á poco, saboreando, paladeando con fruición su arte exquisito, sus históricos recuerdos, que, aunque desgraciadamente, peor reseñados de lo que se merecen, trataré de hacerlos pasar por las hospitalarias páginas de este BOLETÍN.

LUIS BERTRÁN Y CASTILLO

LIBRO DE CURIOSIDADES RELATIVAS A VALLADOLID

1807-1831

(Continuación) ⁽¹⁾

Abolición del sistema constitucional en esta ciu.^d Año de 1823.

En 25 de Abril de 1823 á v̄rd de acercarse á esta ciudad las Tropas del ejército realista y las Tropas Francesas declaradas en contra del sistema representativo y en favor del Rey absoluto evacuaron á esta ciudad todas las Autoridades y Tropas constitucionales con la Milicia Nac.^l volunt.^a de Infant.^a, Caballeria y Artilleria, quedando unícam.^{te} nombrado un Ayuntam.^{to} ynterino p.^r el constitucional cesante compuesto de individuos q.^e lo habian sido desde el año 820 en el mes de Marzo q.^e S. M. el Rey juró la constitución y lo fueron D. Pedro Pascasio Calbo, D. Pedro Pablo de Urquidi, D. Baltasar Hermoso, D. Leon Sanz, D. Gaspar Luis, D. Ant.^o Manrique, D. Cleto Ecija, S.^r Marqués de Rebillá, D. Se-

bastián Vicario, D. Tomás Barrasa, D. Mariano Caballero, y D. Andrés Garcia Ureña q.^e con los S.^{tes} D. José Barrio, D. Antonio Garcia, D. Ginés de la Riba, D. Lope Rodrig.^z y D. Mrn Aparicio, Regidores q.^e unicamente se quedaron en la ciu.^d del Ay.^{to} constituc.^l componian los 17 individuos de q.^e se componia dho Ay.^{to} quienes se constituyeron en Ayuntam.^{to} permanente de dia y noche con cuya vigilancia y la de las Rondas de las parroq.^s comp.^{tes} de los Párrocos y vecinos de ellas de mas concepto y represent.^{on} se conserbó la mayor paz y unión sin que hubiese el mas mínimo disturbio entre vecinos hasta la tarde del sábado 26 q.^e á v̄rd de haber sido insultado por muchas veces en la mañana de dho dia por una partida de columna volante q.^e estuvo de tránsito, cansado el paysanage, se alborotó en el barrio de S.^{ta} Clara é hizo fuego sobre dicha partida, saliendo dos heridos, con q.^e se aumentó el alboroto y una porción considerable de paysanos pidieron se les diese armas y municiones p.^a de-

(1) Véanse los números 140 á 142, 144, 146, 148, 151 á 154.

fenderse, pues no querían ser muertos p.^r no tener p.^a su defensa; se dió un bando de orn del Ay.¹⁰ y S.^r Intendente D. José Goycoechea q.^e hacia de Gefe Político interino p.^a q.^e se presentasen á sus orn^s todos los S.^{res} Gefes y Oficiales agregados al Estado Mayor y retirados con objeto de restablecer el orn y conservar la tranquilidad pp.^{ca}, lo q.^e verificaron inmediatamente, nombrando Comand.^{te} de armas y demás empleos neces.^{os} p.^a el serb.^o de la Plaza p.^r no haber quedado ning.^{no} de los q.^e habia en propiedad y dieron las disposiciones convenientes p.^a hacer las guardias en las 4 puertas, el pñal y otros varios puntos que cubrieron los individuos de la Milicia legal y otros varios vecinos; se mandó q.^e p.^a q.^e durante la noche no sucediesen desgracias estubiese iluminada toda la ciudad y dieron otras disposiciones de igual naturaleza. Al amanecer del Dom.^o 27 como fuesen muchas las atenciones del Ay.¹⁰ y como el Pueblo se manifestase poco contento con q.^e fuesen individuos de él algunos S.^{res} se nombró p.^r capitulares interinos á los S.^{res} D. José Berdonces, D. Greg.^o Mrn de Urda, canónigos de esta S.^{ta} Igl.^a, D.^r D. Tomás Morchón, cura del Salvador, D.^r D. Dionisio Casado, cura de S.ⁿ Andrés, D. Sant.^o Antón Guerra, D. Jose Maria Entero, D. Juan Laza y D. Ignacio Romero á quienes se pasó la correspondiente cédula y habiendo aceptado el nombramiento se personaron en Ay.¹⁰ y ofrecieron auxiliarle en q.^{to} les fuese posible en beneficio del público y conservación de la tranquilidad; el Pueblo siguió manifestando sus deseos de defenderse y en gran número se personó en la Plaza pidiendo se quitase la Lápidá, á lo que no se accedió p.^r el Ay.¹⁰ y obstinándose en ello se borraron las letras q.^e tenia de Plaza de la Constitución, se empeñaron en soltar los presos q.^e estaban por opinión y lo hicieron asi: A las 3 de la tarde de dho dom.^o 27 empezaron á tocar las campanas por ver desde las torres se acercaba á esta ciu.^d gran número de Tropa p.^r la Puerta de S.^{ta} Clara y vino parte á la Plaza q.^e era la división q.^e mandaba el Brigadier D. Gerónimo Merino, conocido por el Cura de Villobiada, á q.ⁿ salió á recibir á las Puertas una comisión del Ay.¹⁰ y otra del Ill.^{mo} Cabildo y con efecto entró

dha división comp.^{ta} de 500 caballos y 1.200 infantes, los primeros con buena caballeria, pero todos muy mal vestidos. El Pueblo en masa en medio de la Plaza le dió m.^s vivas y junto con ellos bolbieron á pedir se quitase la lápidá y pudiese el retrato del Rey, colgando toda la Plaza, lo q.^e así se executó tirando la lápidá, haciéndola pedazos y quemándola, y el retrato del Rey de cuerpo entero lo llevaron en hombros al rededor de toda la Plaza y fué colocado en el balcón pñal de las Casas Consistoriales, en el interín clamaron se presentase al pp.^{co} al Ill.^{mo} S.^r Obispo de Oviedo que estaba desterrado p.^r las Cortes como Persa (1) en el Monasterio de S.ⁿ Benito, al R. P. Fr. José Buenaventura Mrnz del Orn de S.^{to} Dom.^o, que habia estado preso por opinión, como al Ex.^{mo} S.^r Gen.^l D. Nicolás de Llano Ponte, lo q.^e hicieron los 1.^{os} y no el S.^r Gel.^l q.^e estaba sumamente ocupado p.^r las orn^s q.^e le habia comunicado de la Junta probisional de Gobierno el Ex.^{mo} S.^r D. Carlos Odonell Capitan Gen.^l de Castilla la Vieja, les dieron m.^s bibas y se acordó hubiese iluminación gen.^l con repique de campanas, fuegos y música en las Casas Consistoriales; despues el Ay.¹⁰ recibió oficio del S.^r Gen.^l Llano Ponte en q.^e comunicaba la orn de la Junta provisional de Gobierno p.^a q.^e se repudiese en funciones al Ay.¹⁰ q.^e habia en 1.^o de Marzo de 1820 á excepción de si alguno no merecia serlo por su conocida adhesión al sistema constitucional ó haber sido Nacional volun.^o ó haber obtenido empleo p.^r el Gobierno constitucional, y habiendo ocurrido la duda de si la calificación debia hacerse p.^r los q.^e componian el Ay.¹⁰ interino ó p.^r el perpetuo q.^e habia de ser repuesto se consultó al Gen.^l y resolvió q.^e la

(1) Aunque sea cosa bastante conocida, nos parece conveniente recordar aquí el significado de la palabra *persa*. Cuando á la vuelta de Fernando VII á España se formó el partido absolutista, no solamente parte del ejército, clero y otros elementos solicitaron de aquel monarca que no jurase la constitución y anulase lo actuado por las Cortes, sino hasta cierto número de los mismos diputados, que de ellas formaron parte, le dirigieron en este sentido una representación que daba principio con estas palabras: «Era costumbre entre los antiguos persas....» Llamóseles así y este fué el origen del nuevo significado de aquella palabra que se hizo usual.

calificación debía hacerla el Ay.^{to} interino q.^e había recibido el oficio p.^r lo q.^e se conferenció y acordó lo siguiente: q.^e debía reponerse al S.^r Marqués de Rebillá, S.^r Quintana, S.^r Junco, S.^r Chamochín, S.^r Salinas, S.^r Arévalo, S.^r Moyano, todos regidores perpetuos, S.^r Ecija, S.^r Bercial, diputados del común, S.^r Ureña, pror. síndico del común; que no debía reponerse al S.^r Gardoqui, S.^r Blanco Vitoria, y S.^r Cendones, regidores, S.^r Camaleño y S.^r Robledo, diputados del común y D. Caraciolo Milla, pror. del comun p.^r su notoria adhesión al sistema constitucional; en seguida se pasó cédula á los S.^{tes} q.^e debían ser repuestos p.^a q.^e en el mismo acto se presentasen, lo q.^e verificaron y precedida lectura de la orn. de la Junta Provisional y oficio del S.^r Gen.^l se les puso en posesión y retiraron los del Ay.^{to} interino: Estos S.^{tes} en cumplimiento de la orn. citada, como diga en ella q.^e los concejales q.^e no deban ser repuestos sean remplazados por los de años anteriores y q.^e si p.^r los regidores perpetuos hiciese falta p.^a el servicio pp.^{co} reemplazar sus plazas por regidores interinos q.^e nombraría el Ay.^{to}, nombraron p.^a dho. encargo de regidor interino al S.^r D. José Zorrilla en lugar del S.^r Mendoza q.^e se hallaba aus.^{te} y no se sabe si como militar está sirviendo en el Ejército constit.^l, al S.^r D. Jose Maria Entero en lugar del S.^r Gardoqui q.^e ha emigrado como Alc.^e 2.^o constituc.^l q.^e era en esta ciu.^d, al S.^r D. Ginés de la Riba en lugar del S.^r Blanco Vitoria q.^e está sirviendo en el Ejército constit.^l y á D. Ramón Sánchez Cueto en lugar del S.^r Cendones; p.^r Diputados del común al Sr. D. Tomás Barrasa en lugar del S.^r Camaleño, Gefe Político de Lugo, al S.^r D. Valentín Cabeza Castañón p.^r D. Dom.^o Robledo, y al S.^r D. Mariano Caballero Pror. del común en lugar de D. Caraciolo Milla con q.^e quedó instalado dho. Ay.^{to} en la citada noche del Dom.^o 27; habiéndose dado varias

quejas de que las casas de Nacionales voluntarios eran atropelladas por los soldados del S.^r Merino se dieron varios bandos p.^a la conservación del orn, salieron rondas y patrullas de la Milicia legal algu.^{as} comandadas por oficiales de Ejército. se personaron alg.^{os} S.^{tes} capitulares en las mismas casas y si bien lograron contener violencia en ellas y los bienes, no pudieron evitar el q.^e cogiesen armas y vestuarios de dhos Nacionales.

Se olvidaba poner q.^e á vrd de la ocurrencia del sábado 26 con la Partida de la columna volante al mando del Gen.^l Empecinado se llevó en rehenes á los S.^{tes} capitulares D. Pedro Pablo de Urquidi y D. Andrés García Ureña quienes no volvieron hasta el miércoles siguiente, habiendo otorgado una escra á pagar de multa v.^{te} mil r.^s á nombre de la ciudad.

La división de dho S.^r Merino permaneció en esta ciu.^d hasta la mañana del día de la Cruz, 3 de Mayo quedando en ella p.^r guarnición el S.^r Conde de Negri, Brigadier y Coronel de Fernando 7.^o con 200 hombres y otros q.^e se le iban presentando.

En dho día de la Cruz á las 11 de su mañana en vrd de orn. de la J.^{ta} Provisional de Gobierno hubo un solemne Te-Deum en la S.^{ta} Igl.^a q.^e entonó el Ill.^{mo} S.^r D. Greg.^o Zeruelo, Obispo de Oviedo vestido de capa pluvial, mitra y cayada, á q.^e asistieron el S.^r Capitán General, Chancillería, Ayuntam.^{to} y todos S.^{tes} Oficiales Gen.^{les} y demás del Estado Mayor y retirados y hubo un concurso de gente muy numeroso; el día siguiente 4 hubo rogativa Gen.^l con la asist.^a de los mismos cuerpos y Ill.^{mo} S.^r Obispo que fué con capa pluvial, mitra y báculo, q.^e pasó desde la S.^{ta} Igl.^a hasta la de S.ⁿ Lorenzo, donde se cantó una salve á Nra Señora y despues se celebró la Misa en la Catedral.

PEDRO ALCÁNTARA BASANTA

(Continuará).



DE TURISMO

POR PORTUGAL

Leiria.

En la línea férrea que desde Figueira da Foz va á Lisboa por la costa, atravesando comarcas feraces y dunas cubiertas de pinos, está la ciudad de Leiria, punto de partida de la excursión á Batalha, obligatoria para el turista en Portugal.

Es Leiria ciudad pequeña, limpia, con los clásicos mosaicos en las plazas y profusión de azulejos en las fachadas, habiendo uno de ellos verdaderamente curioso en una botica, que tiene su fachada cubierta por una composición decorativa en azulejo, con los emblemas de la profesión, y á ambos lados de la puerta la figura de Esculapio, de tamaño poco menor que el natural, que con la mano invita á entrar al paseante. Es la más amplia aplicación de conjunto del azulejo que he visto en Portugal, siendo de notar está intacta, sin una pieza de menos, ni un desconchado. O no hay piedras, ó no sirven de arma arrojadiza.

Domina la ciudad, y casi la aplasta con su mole una montaña de laderas muy escarpadas, coronada con grandes ruinas de un castillo que se descubren desde gran distancia. Y nada más interesante para el turista que hacer la ascensión, un tanto penosa en medio del día y en el mes de Julio.

Lo mismo que al trepar por una cordillera va cambiando la vegetación, haciéndose más pobre á medida que la altura aumenta, en la subida al castillo se ve evolucionar la arquitectura, más vieja cuanto más alta, menos rica y más ruda; en la base las casas modernas, á media ladera construcciones señoriales, grandes, del XVIII sin duda alguna, más arriba casas modestísimas, una iglesia románica abandonada, con los muros cubiertos de hiedra, luego la roca descubierta á trozos, jaramagos, brezos y lagartos que plácidamente toman el sol. En la cumbre unas enormes ruinas. Y posible es no recuerde de mis viajes ruinas más imponentes.

Traspuesto un robusto arco apuntado de traza románica, se entra en un pasadizo en ángulo, al final del cual una puerta de igual traza y época,

da paso á un patio rodeado de enormes construcciones; la capilla á un lado, al frente la torre albarrana, enorme, maciza, y en los otros dos costados, restos del palacio. La capilla, que tiene tamaño de iglesia, consta de dos partes distintas: la cabecera poligonal con contrafuertes y nervios radiales, ventanas que casi son aspilleras con enorme derrame al interior, molduras sencillas y capiteles vegetales con hojas apenas estilizadas, es ojival arcaica, lo mismo que la sacristía con bóveda de arista de trazado primitivo. Adosada á esta cabecera hay una sola nave, de muros lisos, sin ornatos ni contrafuertes, que parece haber sido cubierta con madera, pues no se ven restos de arranque de bóveda. La puerta de medio punto, sencilla, nada indica.

Con ser interesante la iglesia, lo son mucho más las ruinas del palacio, que mira hacia la población. No tiene restos de cubierta ni pisos, pero los muros se conservan en buen estado, se ven los mechinales de las vigas, conserva ventanillas ajimezadas, y numerosos capiteles en la fachada y en los vanos de muros de traviesa. Los huecos son de arco apuntado sin molduras ni mochetas, descansando los de planta de sótanos en robustas pilastras, con capiteles formados por una sola piedra que resalta poco sobre el arranque del arco, y los demás en columnas adosadas al muro, con capiteles vegetales formados por una sola capa de hojas de loto con escaso relieve, en forma de campana bien acusada. Las juntas de clave en el palacio, puertas de entrada y torre albarrana son *verticales*, dato que unido al ambiente que se respira en las ruinas, nos hace pensar en darlas fecha remotísima. ¿Es románico el palacio?

Un poco aventurado es lanzar una opinión, sin conocer bien la arquitectura portuguesa; la historia viene en nuestra ayuda y hace muy verosímil la hipótesis.

La del castillo de Leiria es conocida. Soares d'Azevedo (1) afirma que en 715 lo conquistó Muza y en 753 la recobró el rey de Asturias don

(1) Portugal antiguo e moderno. Lisboa 1874.

Fruela; debe haber error de fecha ó de nombre, pues ese año reinaba D. Alfonso y como fué éste el que extendió los límites de su reino al S. del Duero, conquistando Salamanca, Ledesma y llegando hasta Beja en la Lusitania, es probable cayera Leiria en su poder. De un modo ú otro suena ya por entonces ese nombre como posición importante (1), que permanece en poder de los cristianos hasta 850; reconquistada por Mahomet de Córdoba, suena de nuevo en 1134 que la toma D. Alfonso Enríquez, perdiéndola en 1140 y siendo casi destruída por los árabes. Dos veces más sufrió asedios, no recobrando la tranquilidad hasta 1195 en que el rey D. Sancho I de Portugal la toma para no volverla á perder. Patrimonio de la corona, villa y castillo, el rey don Dionís, dió en 1300 el señorío temporal á su mujer, la santa reina doña Isabel.

Estos azares de su historia se reflejaron en sus monumentos. Dicen los autores citados que Alfonso Enríquez en 1135 restauró el castillo y fundó dentro de su recinto la iglesia de Santa María da Pena (Peña).

En 1200, después de perdida y recobrada dos veces, era tanta la población de la villa, que no bastando la iglesia del castillo para parroquia, construyó D. Sancho en las cercanías otra dedicada á San Pedro, que á juzgar por una lápida sepulcral que hay empotrada en un muro, debe ser la pequeña iglesia románica que digimos había en la subida del castillo. Por 1300 la reina doña Isabel restauró la iglesia y el castillo donde vivió algunas temporadas (2).

Enlazando la historia y los monumentos, puede deducirse que la iglesia románica de San Pedro, ó la portada á lo menos, puede ser la erigida en 1200 por D. Sancho y casi contemporánea la parte conservada del castillo, haciéndolo sospechar así la gran semejanza en los elementos decorativos de arcos y capiteles, que han podido conservarse en el castillo ya que éste no sufrió ningún asedio á partir de 1195. Pudiera creerse que el castillo es de 1300 en que lo restaura

doña Isabel, pero no nos parece probable al compararlo con la iglesia que hay dentro del recinto (Santa María da Pena), pues el ábside ojival que se conserva es de factura tan distinta á los arcos de los aposentos, que es difícil creer en la simultaneidad de construcción, no teniendo nada de extraño que la reina restaurara las habitaciones para que le sirvieran de palacio, utilizando los muros primitivos y respetando los huecos. Desaparecieron los techos y los pisos, no quedan restos del palacio, pero subsisten los muros viejos. En definitiva damos como probables las fechas de 1200 para la iglesia de San Pedro y el castillo, y 1300 para la capilla de éste, pero con las naturales reservas de quien no tiene más datos que unos históricos sin citas de documentos, y las notas de una rápida visita.

Puede sí afirmarse que los huecos y capiteles del castillo son de traza románica, y este importantísimo detalle, el estado bastante bueno de las ruinas, la gran cantidad de ellas, que no pudimos explorar ni casi ver, hacen de este palacio un resto arquitectónico de importancia excepcional, que si no está estudiado merece serlo y con escrupulosidad.

A lo que pudimos colegir, la fortificación se componía de dos recintos, con torres circulares próximas entre sí; en el segundo recinto se alza la torre del homenaje y el palacio; elevado éste en el sitio más abrupto de la colina, en donde el primer recinto, si existía, está oculto en las casas del pueblo, tiene muros de enorme altura para buscar el plano de la plaza de armas. La única puerta de entrada, bien desenfilada y batida, no tuvo rastrillo, ni puente levadizo; ni debió tampoco existir foso que no era indispensable por lo agrio de la subida. La posición del castillo en la colina á cuyo pie corre el río Lis, era indicadísima para tener coracha; no vimos restos de ella, pero la hubo sin duda y es probable se nos escaparan sus ruinas ocultas entre la maleza, que el tiempo apremiaba, coríamos riesgo de perder el tren y mal de nuestro grado abandonamos aquellas ruinas, que dejaron en nuestro ánimo imborrable recuerdo.

SALVADOR GARCÍA DE PRUNEDA

(1) Obra cit. y Luis Caetano de Lima. Geographia histórica.

(2) Obras citadas.

RELACIÓN DEL BAUTISMO DE FELIPE IV

(Continuación) ⁽¹⁾

Entrada del Cardenal de Toledo, á XXV de Mayo, en Valladolid.

Y porque su Majestad (como era razón), quería celebrar el bautismo del Príncipe, nuestro señor, con la decencia y autoridad conveniente á su grandeza, para que correspondiese con la alegría universal que por esta gracia tan particular de Dios se ha recibido en todos sus reinos y estados, mandó llamar á D. Bernardo de Sandoval, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, Cardenal de Santa Sabina, de su Consejo de Estado, porque en estos reinos no se halla persona de tan gran dignidad ni á quien mas justamente se pudiese cometer tal acción. Y obedeciendo el Cardenal al mandamiento de su Majestad, é 25 de Mayo llegó al monasterio de los carmelitas descalzos, fuera de Valladolid, y en el punto que se supo, salieron á visitarle y darle la bienvenida el Duque de Cea con todos los señores y caballeros de la corte, y el mismo día en la tarde se entró en la ciudad. Y porque quiso entrar en coche, se vinieron y entraron con el Cardenal solamente los Duques del Infantado y de Cea. Traía muchos pajes con sotanas de terciopelo carmesí, los lacayos vestidos de grana, el coche con dos cocheros con sayos húngaros de terciopelo carmesí, las mulas y hacas de diestro, con gualdrapas de terciopelo, y ellas y las guarniciones con franjas de oro, y los lacayos y mozos de caballos que las traían, de librea de grana; la silla, que llevaban cuatro mozos, también era de carmesí, y las literas; la multitud de prebendados de la iglesia de Toledo, sus criados eclesiásticos y seglares, era grandísima. En fin, este gran Príncipe entró como tal y como quien venía llamado para tal solemnidad, mostrando que su ánimo generoso cuadra con su dignidad, con su sangre y con sus obras. Fué á posar con el Duque de Lerma.

Entrada en Valladolid del Almirante de Inglaterra, á 26 de Mayo.

Habiendo el Almirante de Inglaterra llegado á Simancas, D. Pedro de Zúñiga, á quien el Rey tenía nombrado por su embajador en Inglaterra, salió por la posta á recibirle y visitarle, aunque no como embajador ni de parte del Rey, con cuatro ó seis caballeros, para conocerle y que le conociese, como persona que con él había de ir á residir en su embajada. Y su Majestad mandó al Condestable que se hiciese el recibimiento (y) el día que entró en Valladolid, que fué jueves, á 26 de Mayo, habiendo entrado por la mañana su recámara, que eran muchas acémilas con reposteros bordados, algunos de seda y algunos de paño, muy vistosos con grande acompañamiento de criados bien vestidos y con buena orden, y con sus trompetas delante, que parecían bien. Y sabiendo la hora que el Condestable había de salir, acudieron á su casa infinitos señores y caballeros tan galanes y en tan hermosos caballos, todos de camino, que fué uno de los mejores espectáculos que se han visto en esta gran corte; porque, según la cuenta que se pudo hacer, eran más de docientos, con ricos cintillos y plumas de diamantes y otros aderezos. Y cuando don

El Condestable sale al recibimiento del Almirante de Inglaterra, con la nobleza de la corte.

Blasco de Aragón avisó al Condestable que era tiempo, salió de su casa; y estando ya gran rato fuera de la puerta del Campo, llegó el Almirante, para el cual, y para los señores y caballeros, se tenían caballos en que entrasen. El Condestable le recibió con mucha cortesía, y también le dieron la bienvenida los duques de Sessa, del Infantado, de Cea y Alba, D. Juan de Idiáquez, Comendador mayor de León, el Almirante de Aragón y los condes de Salinas, Altamira, D. Luis Enriquez, Nieva, Medellín, Barajas, Villalonga, Casarrubios, Paredes, Arcos, Puñonrostro, Villanueva, Aguilar, Coruña y toda la no-

Caballeros ingleses vienen galanes á su usanza.

(1) Véase el número 154.

bleza, diciendo el Condestable quién era cada uno, y el Almirante conoció á algunos, en especial al Duque de Pastrana, por nieto del Príncipe Ruigómez de Silva, á quien conoció en Inglaterra, y fué su amigo y del Marqués de las Navas, abuelo de D. Enrique de Guzmán, de quien dijo que fué gran servidor, y á otros. También llegaron al Condestable los señores y caballeros ingleses, y comenzando á caminar, tomaron en

Caballeros ingleses medio al Almirante el Con-
vienen galanes á su destable y el Duque de Cea,
usanza (1). los Duques del Infantado y Sessa al Embajador ordinario, y otros señores acompañaban á los señores y caballeros ingleses, los cuales, á su usanza, venían muy bien y muy ricamente aderezados; y el Almirante traía sombrero con plumas y cintillo de diamantes, herruelo de grana con pasamanos de oro, casaca y calzas naranjadas y colete de ámbar. Es hombre de gran cuerpo, bien proporcionado, cano, que mostraba ser de más de setenta años, rostro grave, y que con él y su persona representaba autoridad y grandeza. Y todos los demás caballeros representaban lo que son por sus buenos pareceres y gentiles talles. El número de gentileshombres y criados, vestidos de diversas libreas, era mucho y lucido en gran manera, y luciera más en aquel hermoso espacio de la puerta del Campo y por la ciudad, por la infinidad de gente que salió á este gran recibimiento, si no lo enturbiara una lluvia tan grande, recia é importuna, que en muchos días tal no se había visto, pues por cosa notable se puede decir que en parte del año pa-

Gran sequedad en sado y en el presente se pa-
España. saron en España siete meses sin llover en las más provincias della.

Desde la puerta del Campo se fué á Santa Cruz por la posada del Duque del Infantado, adonde estaban muchas grandes señoras, y camino derecho se fué á la Corredera y se pasó por delante de palacio, y sus Majestades miraban el acompañamiento por las vidrieras, y las damas desde las ventanas. Era su posada en las casas del Conde de Salinas, las cuales estaban adrezadas con muchas tapicerías del Rey, de oro y seda, y muchas camas de seda y doseles, porque en ella habían de posar, con el Almirante, el Conde de Pert, sus hijos, yerno y sobrinos, y un hijo del Conde de Sufolc y otros caballeros. Llegado el Almirante á su posada, se apearon todos los grandes y subieron con él arriba, aunque los suplicó é importunó mucho que no lo hiciesen, y se quedaron D. Blasco de Aragón para tenelle compañía, y Gaspar de Bullón para lo que toca-

ba á su tratamiento; y dende **El Rey envía á visi-**
á una hora su Majestad envió **tar al Almirante con**
al Conde de Barajas, su ma- **el Conde de Barajas.**
yordomo, á dar al Almirante la bienvenida y á decirle lo que había holgado que hubiese llegado con salud, y la Reina, nuestra señora, envió al Conde de los Arcos, su mayordomo, al mismo efeto, y también envió el Príncipe de Piamonte y su hermano; y el Almirante supo bien encarecer la merced que recibía con **La Reina envía al**
este favor. Otro día le fué á **Conde de los Arcos á**
visitar el Duque de Lerma, **visitar al Almirante.**
el Marqués de Velada, mayordomo mayor del Rey, y los duques del Infantado, Alba, Cea, Conde de Lemos, y (de) los mayordomos y caballeros de la cámara. Salió el Almirante á recibir al Duque hasta la escalera, y habiendo durado la visita gran rato, con muchos comedimientos y cortesías de ambas partes, el **Duque de Lerma vi-**
mirante quiso ir hasta poner **sita al Almirante.**
al Duque de Lerma en su coche. Luego le visitó el Cardenal de Toledo, y comenzaron las visitas de los grandes y de los Condes de Olivares, Chinchón y D. Juan de Idiaquez y otros del Consejo de Estado, y de muchos señores, y asimismo los embajadores.

El sábado, 28 de Mayo, por la mañana, porque el domingo adelante había de ser el bautismo del Príncipe, nuestro señor, entraron en palacio en ordenanza, con cajas y pífaros, las guardas española y alemana, con la librea nueva de su Majestad, de los colores que trajo su padre, y la guarda de los archeros que para este caso estaba hecha. Y porque también se vistieron los pajes de su Majestad y todos los oficiales de la caballeriza á quien se suele dar librea, estando juntos en la casa de los pajes también aquellos que no visten librea, que son veedor, contador, picadores, armero mayor y reyes de armas, maceros, furriel mayor y todos los demás oficios, llegó el Duque de Lerma, caballero mayor de su Majestad, con sus pajes y lacayos vestidos de la misma librea, que es preeminencia de su oficio, y poniéndose á caballo, pasaron primero sus lacayos y luego los del Rey, y rodeado de todos los oficiales que no visten librea, le seguían detrás los menestres, trompetas y atabales, cocheros y todos los mozos, y con este real acompañamiento dió una vuelta por la **Elcaballerizo mayor**
ciudad. Y pasando por la **entra en palacio como**
puerta del Almirante de In- **tal.**

laterra, al cual y á sus caballeros se representó bien con este acto la grandeza deste Rey, entró en palacio, viéndolo su Majestad de una ventana. Iba el Duque de Lerma en un gran caballo napolitano, que, como se pone bien y tiene presencia y talle de gran señor, no le faltó nada para

(1) Así, repetido, en el original.

hacer suficiente demostración y representación de tan gran cargo.

Almirante de Inglaterra va á la primera audiencia del Rey. Este mismo día en la tarde pareció que era bien que el Almirante de Inglaterra fuese á la audiencia y visita de sus Majestades. Fué á su casa el Condestable de Castilla en un rico coche, llevando consigo á cinco ó seis señores, y en los coches del Rey fueron el Almirante, el Condestable y todos los señores y caballeros ingleses. Estaban en palacio las guardas en orden, y por los aposentos todos los criados del Rey, gentileshombres de la boca y de la casa, y su Majestad en la sala, sentado debajo de un riquísimo dosel, acompañado de los grandes, del mayordomo mayor, mayordomos y caballeros de la cámara, y de muchos señores titulados. Entró el Almirante con el Condestable, acompañándole los mayordomos de su Majestad, que salieron al corredor á recibirle, haciendo grandes reverencias, porque en el punto de cortesía ninguna cosa le faltaba. Su Majestad se levantó y le quitó la gorra, y hincando el Almirante la rodilla, le echó los brazos, y levantándose, le pusieron una silla rasa de terciopelo carmesí, y le mandó dos veces sentar; y mediante un intérprete que traía, que estaba con la rodilla en tierra, habiendo dicho algunas palabras acerca de su venida, dió á su Majestad una carta, besándola y poniéndola sobre su cabeza con gran humildad y acatamiento. Su Majestad con semblante grave y amoroso la recibió, y hizo algunas preguntas acerca de la salud de los Reyes de Inglaterra, de sus hijos y otras cosas, porque duró buen rato. Y últimamente, el Almirante se levantó y pidió licencia á su Majestad para que el Conde de Pert, sus hijos y su

Presente del Rey de Inglaterra al Rey N. S. yerno, sus sobrinos y otros caballeros, besasen á su Majestad sus reales manos, y ellos lo hicieron con muy buen donaire y reverencia, y el Rey los recibió con mucha gracia, diciendo el Almirante quien era cada uno. De ahí á algunos días, un caballero, de parte del Rey de Inglaterra, presentó á su Majestad arcabuces y ballestas, y perros, y seis hacas inglesas maravillosas, ricamente guarnecidas con gualdrapas de terciopelo de la más rica bordadura y chapería que se ha visto.

Almirante besa la mano á la Reina nuestra señora. Despedido el Almirante de su Majestad, que se levantó de la silla y le quitó la gorra, el Condestable y los que con él habían venido, acompañándole los dos mayordomos de su Majestad, fué al cuarto de la Reina, nuestra señora, adonde le salieron á recibir sus mayordomos. Su Majestad le aguardó en pie con su hija y con muchas señoras de la corte y sus damas. Llegó á pedir á su Majestad y Altéza la

mano con gran respeto y sumisión, y mediante el intérprete (aunque entiende bien la lengua castellana y la habla medianamente), dió á su Majestad grandes recaudos de la Reina de Inglaterra, á todo lo cual respondió la Reina, nuestra señora. Y acabado el razonamiento, llegaron, habiendo para ello pedido el Almirante licencia, á besalla la mano los caballeros ingleses, y con esto se partió el Almirante, mostrando gran satisfacción de la gracia del Rey y de su bueno y agradable término, diciendo que con majestad y discreción representaba el autoridad Real, y pareciéndole que la benignidad y serenidad de la Reina, nuestra señora, hacían tal conformidad, que Dios, nuestro señor, se echaba bien de ver que había hecho tal conjunción. Y porque el día siguiente, que era el de Pascua de Espíritu Santo, su Majestad había resuelto que se celebrase el bautismo del Príncipe, nuestro señor, dijo D. Blasco de Aragón al Almirante que por la mañana se había de celebrar una procesión de la Orden de Santo Domingo, en que su Majestad había de intervenir, y por la tarde el batismo del Príncipe, nuestro señor, en el cual holgaría de saber si quería asistir; y porque, después de haberse tratado, se hallaron dificultades, se dió la orden que adelante se dirá. Y teniéndolo el Almirante por sumo favor, acetó la merced, hallándose muy contento del regalo y tratamiento que se le hacía con tanta esplendidez y liberalidad, en que el aposentador mayor Gaspar de Bullón usaba gran diligencia, pues á nadie se negaba abundantísimamente lo que pedía. Y en esta ocasión, llegó el aviso de la muerte del Pontífice León XI, que fué miércoles, á 27 de Abril, á las diez de la mañana.

Muerte de León XI.

Lo sucedido en la procesión del Capitulo general de la Orden de Santo Domingo.

Fray Jerónimo Javier, Maestro general de la Orden de Santo Domingo, convocó capítulo general para celebrar en Valladolid el día de la fiesta de Pentecostés; y habiendo acudido los difinidores y vocales de todas las partes de la cristiandad, se dió principio el día referido, por la mañana, con una procesión, que salió del monasterio de San Pablo á la Iglesia Mayor, en la cual intervinieron seiscientos religiosos solamente de la dicha Orden; y el Rey, por la devoción que á ella tenía, la quiso honrar con el asistencia de su Real persona; y yendo á su acostumbrado lugar, iba á su mano derecha el Cardenal de Sandoval, Arzobispo de Toledo, de su Consejo de Estado; á la mano izquierda el Príncipe de Piemonte, y delante, como en dos coros bien abier-

tos, de manera que en la distancia entre el preste, que era el Padre Maestro general, y su Majestad, no iba nadie, en el coro de la mano derecha, iban Filiberto Manuel, gran Prior de Castilla, hermano del Príncipe de Piamonte; el Duque del Infantado, del Consejo de Estado; el Duque de Alba, Condestable de Navarra, caballero de la Orden del Tusón, con el collar grande; el Conde de Alba de Lista y el Duque de Pastrana; y en el coro de mano izquierda iban el Duque de Lerma, Comendador mayor de Castilla, del Consejo de Estado; el Condestable de Castilla, del Consejo de Estado, Presidente del Consejo de Italia; el Duque de Sesa, del Consejo de Estado, mayordomo mayor de la Reina, nuestra señora;

Grandes que iban con el Rey. el Conde de Lemos, Presidente del Consejo de Indias, y D. Felipe, Príncipe de Marruecos; y á la vuelta el Duque de Cea. Iban detrás de su Majestad, Juan Quebeliner, Conde de Franchemburg, caballero de la Orden del Tusón, con el collar grande, del Consejo de Estado del Emperador y su Embajador, y Esmeri de Barraut, Barón de Denasque, Vicealmirante de la Garona, Senescal da Bassador, capitán de gente de armas, del Consejo de Estado del Rey Cristianísimo, y su Embajador, con capa y gorra castellana, bordado el vestido de seda negra, muy rico, y con muchos airones en la gorra; y Francisco Priuli, embajador de la república de Venecia; y el Marqués de Velada, mayordomo mayor del Rey y de su Consejo de Estado, y los caballeros de la cámara; y el Marqués de Falces, capitán de la guarda de los archeros, y con ellos tres señores ingleses, que el uno era el Conde de Pert, pariente del Rey de Inglaterra, y el otro D. Tomás, hijo del Conde de Sufolc.

Delante de su Majestad iban el Conde don Luis Enriquez de Almanza, los Condes de Orgaz, Nieva, Medellín y Barajas, mayordomos de su Majestad, con sus bastones, ordenando lo que convenia en el buen regimiento de la procesión. En lo tocante á lo seglar, iban delante infinitos señores de título y caballeros de la casa Real y cortesanos, los cuales, y los grandes, y todos, como estaba este sagrado día dedicado para el bautismo del Príncipe, nuestro señor, con la ocasión desta procesión, salieron infinitas y costosas libreas, cuya vista, y las galas de los grandes señores y caballeros, parecieron tan hermosas, que no se puede encarecer. En las casas del Conde de Rivadavia, que están junto á San Pablo, en una gran ventana que está en la esquina de las

Almirante de Inglaterra, adonde vee la procesión. dos calles, estaba el Almirante de Inglaterra, con la gorra en la mano y un capotillo con muchos botones de diamantes, casaca guar-

necida de la misma manera, y el collar grande de la Orden de la Jarretiera, y con él, por orden de su Majestad, D. Blasco de Aragón, que le decía quién era cada uno de los que pasaban; y cuando llegó cerca su Majestad, le hizo una gran reverencia, y su Majestad con gran demostración de buena voluntad le quitó la gorra. Y comenzando de la procesión, iba en unas andas un pedazo de la Santa reliquia de *Lignum Crucis*, en una hermosa cruz de cristal, debajo de un palio, cuyas varas llevaban el Corregidor y el Regimiento de la ciudad, y detrás de las andas iba D. Alvaro de Carvajal, capellán mayor, ordenando lo necesario, porque delante iba la Capilla Real, la más perfeta de voces y más numerosa que tie- **Capilla real muy excelente y de escogidas voces.** ne príncipe en el mundo. Iba en andas una devota imagen de Nuestra Señora, y más adelante, también en andas, el bienaventurado Santo Domingo, y delante del guión el Santo Oficio con sus comisarios y familiares, y más adelante muchos pendones y cofradías con gran copia de cera.

En la plazuela del Almirante salió á recibir en procesión la Orden de San Francisco, con particular devoción, con su ministro general. En la Iglesia Mayor se dijo una misa solemne, oficiada por la Capilla Real, y allí estaban en sus bancos los capellanes y predicadores de su Majestad, Predicó muy doctamente el padre maestro Romero, Provincial de Andalucía, y acabada la misa, volvió su Majestad en la procesión por la misma orden, cerca de las tres de la tarde, y en el mismo lugar estaba el Almirante de Inglaterra, y muchos caballeros y gentileshombres ingleses en las mismas ventanas de la misma casa, y otros anduvieron por la procesión con mucha reverencia y compostura; y con haberse detenido tanto su Majestad en volver, le quiso aguardar el Almirante de Inglaterra; y porque al pasar le hizo gran acatamiento á su Majestad, también le quitó la gorra, diciendo que le agradaba tanto la persona de su Majestad y representaba tanta majestad Real, que por verle le hubiera aguardado muchas horas.

El bautismo felicísimo del Príncipe, nuestro señor, en la Iglesia de San Pablo, de Valladolid, á 28 de Mayo (1).

Estando proveídas muchas cosas, para dar este sagrado sacramento al mayor Príncipe del mundo, y resueltas muchas dificultades, siendo

(1) Ya se ha dicho en el prólogo que esto es un error.

llegada la hora, el Cardenal Arzobispo de Toledo se fué á la Iglesia de San Pablo, en cuya capilla mayor, y en medio della, estaba una gran tarima cuadrada, alta, con tres gradas cubiertas de alombras, y en medio la pila de piedra en que fué bautizado el bienaventurado Santo Domingo, que se trujo para este efeto de Caleruega, adonde estaba, por el favor que con Dios podía recibir este Príncipe mediante la intercesión de tan gran santo. Estaba la pila cubierta con un gran ciclo de brocado, con sus goteras sobre cuatro columnas altas de plata en las cuatro esquinas de la tarima. Entendió luego el Cardenal, con estola y su ordinario hábito, en bendecir el agua de la pila, ayudando los capellanes del Rey; y á un lado, y más abajo de la tarima, estaba una cama armada con cortinas, adonde habían de recoger al Príncipe, nuestro señor, para desenvolverle y

El Cardenal de Toledo bendice el agua del bautismo. envolverse, y junto á ella muchas alombras, que era el lugar de las señoras y damas que estaban convidadas y habían de ir en el acompañamiento. Al otro lado estaba un gran dosel, adonde se habían de poner las cosas competentes á la ceremonia, y el Cardenal tuvo en la capilla dos doseles, el uno sobre la credencia, con cruz, mitra y ornamentos y mucha plata, y el otro sobre su asiento, para vestirse. Y para más honrar y autorizar este acto, ordenó su Majestad á Antonio Boto, su guardajoyas, que en el altar mayor pusiese un rico frontal bordado de muy gruesas perlas, y la flor de lis de oro, adonde está el santísimo clavo de la cruz de nuestro Redemptor, y un Cristo y cruz del santo palo de la cruz, hecho por mano de San Jerónimo, y dos rajas que sobraron de la hechura, y un pedazo del manto de la Virgen, Nuestra Señora.

La iglesia estaba colgada con ricos paños de Arrás, de seda y oro, del Apocalipsi, y otros, y un palenque, á modo de calle, desde la puerta de la iglesia hasta la capilla mayor, por que la gente no embarazase, que era mucha.

Estando, pues, todo á punto, su Majestad declaró que era su Real voluntad que fuesen padrinos

Príncipe de Saboya y la señora infanta padrinos en el baptimo. Victorio, Príncipe de Piamonte, su sobrino, y la señora Infanta D.^a Ana, y que llevase al Príncipe el Duque de Lerma, su sumiller de corps. Vestido el Cardenal de pontifical, le asistieron: D. Alonso Manrique, Arzobispo de Burgos; D. Juan Bautista de Acevedo, Obispo de Valladolid, Inquisidor general; D. Pedro de Cas-

El Duque de Lerma lleva al Príncipe. tro, Obispo de Segovia; Don Antonio de Cáceres, Obispo de Astorga; D. Enrique Enriquez, Obispo de Osma, del Consejo de su Majestad, que para esta asistencia fueron llamados. Estuvieron

esperando para que se les avisase del punto que habían de acudir á su puesto; y habiendo entrado en palacio por la puerta de las casas que eran del Conde de Miranda, todos los Consejos, fueron pasando por las salas hasta la galería, que todo estaba colgado de riquísimas tapicerías de oro y seda, y el suelo esterado de blanquísimas esteras de palma, y la escalera cubierta de finas alombras, la techumbre y pilares della de brocados, y pasando para la galería, iban los Consejos bajando por aquella espaciosa escalera de en uno en uno, con la **Los Consejos asisten al bautismo del Príncipe.** acostumbrada majestad, y entrando en San Pablo, tomaron su lugar en la capilla, porque se hallo que habían asistido al bautismo del Príncipe D. Fernando, hermano de su Majestad, y así era conveniente que asistiesen al de su Alteza, como Príncipe primogénito.

El Almirante de Inglaterra estaba en la misma ventana de las casas del Conde de Rivadavia, adonde había estado cuando pasó la procesión, desde donde via de cara todos los que bajaban de palacio, y vió el acompañamiento, y para ver el bautismo se fué por la puerta falsa de la casa del Conde de Rivadavia al colegio de San Gregorio, desde donde pasó á San Pablo y subió á una tribunilla que está dentro de la capilla mayor, admirándose de la grandeza deste día; y no asistieron embajadores de Príncipes en este acto, porque no se halló haber tenido lugar otras veces. Cuando el Mayordomo mayor dijo que era hora, los grandes tomaron seis fuentes con las cosas que para el bautismo se habían de llevar, que eran: mazapán, vela, capillo, salero y aguamanil, y toballa; que fueron: D. Beltrán de la Cueva, Duque de Alburquerque; Juan Fernández de Velasco, Condestable de Castilla; D. Juan Hurtado de Mendoza, Du-

Grandes que llevan las fuentes. que del Infantado; D. Antonio

Alvarez de Toledo y Beaumonte, Duque de Alba; D. Antonio Enriquez de Toledo, Conde de Alba de Lista; Ruigomez de Silva, Duque de Pastrana; y comenzando á caminar la caballería, que era infinita, salió el Duque de Lerma, con el Príncipe en los brazos, en un gran tafetán blanco anudado al cuello, en que iba su Alteza, y el Duque vestido de blanco, sin gorra, con una ropa francesa, con los braones enroscados de brocado, aforrada en tela de plata, guarnecida con grandes franjones de oro. Delante de los grandes iban los mayordomos del Rey, que eran los condes D. Luis Enriquez de Almanza, de Orgaz, Nieva, Medellín y Barajas; y los de Reina, nuestra señora, que eran Ruy Mendez de Vasconcelos, los condes de Casarrubios y de los Arcos, y el Conde de Altamira, su caballero mayor, y luego en su lugar los reyes de armas y maceros.

Iba detrás de su Alteza, la señora Infanta en una silla, que llevaban criados de la Reina, nuestra señora, y á su lado D. Antonio de Cardona y Córdoba, Duque de Sessa, mayordomo mayor de la Reina, nuestra señora, y delante de su Alteza el padrino, que era el Príncipe de Piamonte, y al otro lado su hermano el gran Prior de Castilla.

Cuando el Duque de Lerma iba pasando por las ventanas de la galería y bajando por las escaleras, con advertencia iba alzando al Príncipe y mostrándole al pueblo, con que recibió tanto contento, que cada vez se levantaba una grandísima y alegre grita, diciendo todos á voces: ¡Dios te guarde!

A su alteza seguía su aya, que es D.^a Leonor de Sandoval, Condesa de Altamira, y luego la Condesa de Miranda, la Duquesa de Cea, Condesa de Lemos, Duquesa de Frías, Duquesa del Infantado, Duquesa de Sesa, y Duquesa de Alba, las condesas de Niebla, Rivadavia, Puñonrostro, Paredes y Villalonga, con muchas otras señoras y las damas de la Reina, nuestra señora. A unas llevaban meninos las faldas, otras se las llevaban ellas por mayor bazarria; las señoras daban las manos á grandes caballeros y señores; á las damas iban acompañando galanes por la galería que, como se ha dicho, va de las casas que eran del Conde de Miranda, que es muy larga y de mucho ventanaje; y por las escaleras era de ver este Real acompañamiento de los mayores que en el mundo se puede ver, y porque el número de capas y de vestidos bordados de varios colores y labores, de señoras y de caballeros, la multitud de plumas, joyas y cadenas, botones en vestidos y gorras, era cosa inestimable. Estaban los Reyes, y con ellos, para ver pasar el acompañamiento, el Marqués de Velada, mayordomo mayor del Rey, y el Duque de Cea, en una ventana con gelosía, al

caballo de la galería y en el principio de la gran escalera que bajaba á San Pablo, y después se pasaron al balcón de la capilla mayor de San Pablo, para ver el bautismo.

Cuando llegó el Príncipe, nuestro señor, a la puerta de la iglesia, llegaba, vestido de Pontifical, con su guión delante, y con los arzobispos y obispos, también de pontifical, el Cardenal de Toledo, metropolitano deste obispado de Valladolid, y D. Alvaro de Carvajal, capellan mayor del Rey, nuestro señor, y su limosnero mayor y de la Reina, nuestra señora, y D. Bernardo de Rojas y Sandoval, sumiller de las cortinas del Rey, y el padre maestro fray Diego de Mardones, confesor del Rey, nuestro señor, y el padre Ricardo Aller, confesor de la Reina, nuestra señora, y los cape-

llanes de su Majestad, con sobrepellices, llevando delante la cruz de la capilla. En todo este tiempo era grande el estruendo de atabales, trompetas y menestriales, que estaban en diversos puestos de la plaza de Palacio. Llegado su Alteza a la puerta de la iglesia, luego el Cardenal con majestad de prelado de tanta grandeza, y como muy versado en lo perteneciente a su dignidad, hizo el oficio, habiendo entre tanto muchas músicas en diversos coros que el capellán mayor había ordenado; porque se llevó el órgano de palacio, y los menestriales tocaron con bajones, sacabuches y cornetas.

Acabada la solemnidad de la puerta de la iglesia, se comenzó a caminar la vuelta de la capilla mayor, llevando siempre el padrino al Príncipe, nuestro señor, en los brazos, y en llegando a la capilla mayor, los grandes pusieron las fuentes en una mesa que estaba cubierta con un paño de tela de oro. La Condesa de Altamira recibió al Príncipe y le desconvolvió en las cortinas, y le dió al padrino; y descubriendo D. Alvaro de Carvajal la pila, que lo estaba con un tafetán, el Cardenal comenzó a ministrar el sacramento, asistiendo los obispos y sirviendo los capellanes de su Majestad, porque ya estaba asentado que ellos lo han de hacer, y no prebendados de la iglesia de Toledo (como siempre han pretendido); y así tuvo las crismas el doctor Gamarra, cura de palacio, y la vela D. García Sarmiento de Acuña, capellan de su Majestad, de cuya mano la tomó el capellán mayor, y la dió al Cardenal, que la puso en la mano a su Alteza, y luego con una pieza de plata dorada dió el agua, tomándola de la pila; porque se hizo el bautismo por aspersion, como se acostumbra. Pusieronle por nombre *Felipe*, por la gloriosa memoria del agüelo, Rey Católico; *Dominico*, por la buena dicha que justisimamente se puede esperar que tendrá

Nombres que ponen al Príncipe y por qué causa.

mediante la intercesión de tan gran santo y castellano como Santo Domingo, pues ha merecido recibir este santo sacramento en la pila donde tantos años há que fué bautizado tan principal lucero de la cristiandad, y *Victor*, por el santo mártir Tebeo, cuyo cuerpo está en el monesterio real de las Descalzas de Madrid, al cual su Majestad tiene devoción, y se le había hecho particular oración por este buen suceso.

Acabada la solemnidad, cantó el *Te Deum laudamus* la Capilla con su acostumbrada destreza y excelencia, y se volvió por el mismo camino y orden, habiendo pasado todo con gran silencio y majestad, sin que en ninguna cosa sucediese inadvertencia, falta ni desorden; por lo cual todos han confesado que en el gobierno de todo, en el número de tantos príncipes, señores, títulos y ca-

balleros, variedad de vestidos bordados, galas y riquezas de joyas, ha sido este acto de mayor majestad y grandeza que jamás se ha visto ni puede ver en corte de ningún príncipe del mundo.

Sale a misa la Reina, nuestra señora.

Martes, último día de Mayo, salió la Reina a misa a Nuestra Señora de San Llorente. El Duque de Lerma sacó al Príncipe, nuestro señor, en brazos, y el Duque del Infantado a la señora Infanta, que con ellos iban delante de los Reyes, y detrás de ellos el Marqués de Velada, mayordomo mayor del Rey y D.^a Catalina de Zúñiga y Sandoval, Condesa de Lemos, camarera mayor de la Reina, y luego las dueñas de honor y damas. Delante los grandes y toda la nobleza de la Corte fué la Reina, nuestra señora, en una riquísima carroza toda de oro y brocado, y seis caballos de pelo de rata, con las guarniciones de la misma manera, y con su majestad iba la señora Infanta, y el Rey a caballo cabe la carroza, vestido de blanco; detrás iba una litera de la misma riqueza y guarnición del coche, donde iba la Condesa de Altamira, que llevaba al Príncipe, y a su lado, a caballo, el Duque de Lerma, su hermano. El Príncipe de Piamonte, el gran Prior y los grandes titulados y toda la nobleza iban delante del Rey, a cuyo estribo iba el Conde de Gelves, haciendo oficio de primer caballero, y delante los caballeros, pajes y oficiales de la real caballeriza, a pie, que son infinitos, y vellos con el silencio y acatamiento con que van a pie, denotaba bien la majestad de tan gran monarca. Los coches de las damas eran muchos, y todos nuevos, guarnecidos de terciopelo carmesí, con muchos caballeros que las iban sirviendo y acompañando: causó grandísima admiración, ver tanto número de joyas, vestidos y galas, diferentes de los otros días. Ya que llegaban sus Majestades y Altezas a la puerta, salió el Cardenal, con su guión y con su propio hábito, a recebillos, y llegada la Reina, nuestra señora, a la iglesia, salió D. Alonso Manrique, Arzobispo de Burgos, de pontifical, acompañado de los obispos de Astorga, Segovia y Osma, sin pontifical, y del Capellan mayor y capellanes. El cual, habiendo tomado la Reina, nuestra señora, al Príncipe en brazos, de mano de su aya, la dió una vela de cera blanca, con un doblon de a diez en ella, y después de haber hecho las acostumbradas ceremonias, entraron en la iglesia, tomando el Duque de Lerma al Príncipe, nuestro señor, y el Duque del Infantado llevó a la señora Infanta, que se puso con su madre en las cortinas, y el Duque de Lerma puso al Príncipe en brazos de la Condesa de Altamira, que, como se ha dicho, es la aya.

El Arzobispo dijo la misa de pontifical, diciendo la confesión al Rey el Cardenal de Toledo, y la ofició la Capilla Real, y acabado, se volvieron sus Majestades a palacio con el mismo acompañamiento. El Almirante de Inglaterra, diciendo que tendría por gran favor ver la cerimonia deste día, le llevó D. Blasco de Aragón, por orden del Duque de Lerma, y estuvo a la entrada de la Iglesia, detrás de una celosía, sin ser visto, y después le llevó D. Blasco a los corredores de la iglesia de la Cruz, que es en la Platería, desde donde vió volver este real acompañamiento; quedando el Almirante admirado de tanta riqueza y grandeza, confesando esta y muchas veces que los reyes de Francia y de Inglaterra juntos no la podían igualar.

El Almirante de Inglaterra ve el acompañamiento de sus majestades.

Convite del Condestable al Almirante de Inglaterra.

Este día, por mostrar el Condestable de Castilla la gratitud del buen acogimiento que le hicieron en Inglaterra, y que méritamente está en en su persona el grado que tiene, y que su ánimo generoso es para cosas grandes, después de haber visto el Almirante de Inglaterra y toda la caballería que con él vino, el referido pasaje de sus Majestades, con la nobleza de su corte, como se ha dicho, á ida y vuelta de Nuestra Señora de San Llorente, de ofrecer á Dios y á su Santa Madre aquel fruto para servirle y dalle gracias por haberle dado tan grata sucesión, llevó á su casa á comer al Almirante, y no solo á los señores y caballeros ingleses, pero á todos los otros que quisieran ir, que no fueran menos de trecientos; y para hacer este convite más espléndido, se puso una mesa en una sala que tenía sesenta y tres pies de largo, colgada de tapicerías de Arras, de seda y oro con la historia de San Pablo, y en el un testero estaba un gran aparador de piezas de oro y plata [de] diversas hechuras y maneras, entre las cuales había grandes vasos, cántaros, ollas, y once urnas doradas, de altura de vara y media, con asas, picos y pies de sierpes. En la primera (1) estaba, relevado de figuras, el Rey D. Fernando el Cuarto, sentado en silla, y á su lado derecho el Infante D. Juan, y al izquierdo Sancho Sánchez de Velasco, adelantado mayor de Castilla, con la espada en la mano, desafiando al Infante, y allí parecía

(1) *En el primero*, dice el original; pero está corregido en la fe de erratas. Claro es que, consiguientemente, debiera haberse corregido después: *en la segunda... en la tercera*, etc. Yo lo dejo como allí está.

D.^a Sancha Osorio Carrillo, mujer del Adelantado, con el hijo en brazos, que iba tras el que seguía a los Salazares, porque dejaban la batalla. En el segundo estaba esculpido el ejército del Rey D. Alonso el Onceno en el sitio de Algecira, cuando el Rey con toda la nobleza acompañaba el cuerpo de Hernán Sánchez de Velasco, que allí murió. En el tercero parecían el Rey D. Enrique el Segundo, y D. Pedro Fernández de Velasco, su camarero mayor, que salían de la batalla de Nájera, y después el mismo don Pedro que coronaba al Rey en Montiel. En el cuarto se vía á Juan de Velasco, que en Antequera socorria contra los moros al Arzobispo D. Sancho de Rojas, con gran mortandad dellos. En el quinto se vía la batalla de Olmedo entre los Infantes y el ejército del Rey D. Enrique el Cuarto, de que era capitán general D. Pedro Fernández de Velasco, Conde de Haro, y camarero mayor, y los enemigos vencidos. En el sexto se notaba el sitio de Granada y al Rey D. Fernando V, que la reconocia con el Condestable D. Bernardino de Velasco. En el séptimo, las revueltas de las Comunidades, y cómo el Condestable tomaba á su cargo la pacificación del Reino, y la batalla de Villalar, adonde su hijo el Conde de Haro, venció á los comuneros; y parte destas cosas estaban en el octavo. En el noveno estaba el Rey D. Felipe II, coronado en Inglaterra, y acompañándole para embarcarse para aquella jornada el Condestable D. Iñigo López de Velasco. En el décimo y en el undécimo se conocía al Condestable Juan Fernández de Velasco, en la vanguardia del ejército de Borgoña, con las ciudades que en aquellas provincias ganó al Rey de Francia, y á los franceses rotos y al mariscal de Birón herido; todo muy bien notado con claros letreros. En el otro testero de la sala estaba un gran dosel de brocado con las armas de los Velascos.

En otra pieza más adentro había otra mesa con otro gran aparador de muchas piezas, y entre ellas un dios Baco sobre una pipa de vino, de una altura de una vara, coronado de hojas de parra y uvas; en la una mano tenía una taza, y en la otra una bota, y un hombre que bebía del vino que salía de la pipa; y aquí estaba la vajilla que el Rey de Inglaterra dió al Condestable, y otro aparador de vidrios cristalinos y finos barros, que se llevó la gente, sin podello defender. Más adentro había otra sala, de sesenta y ocho pies de largo, colgada de tapicerías de Arrás de oro y seda, de boscajes, con un dosel de brocado. Desta sala se pasaba á una gran cuadra, adonde estaba una gran cama de brocado azul con columnas de plata, y colgada en ella la tapicería de la historia de Adónis y Venus, de oro y seda, y en todas había muy suaves olores. En la primera me-

sa comieron la Duquesa de Frias, la Condesa de Monterey, las marquesas del Carpio y Alcañices, y otras señoras, y con ellas el Duque de Alcalá. En la segunda, que estaba adornada de diversidad de labores en las toallas, como puentes, fuentes, castillos, lagartos y otros diversos animales, con varios principios de frutas y otras cosas, se sentaron setenta y dos personas: fué el primero el Almirante de Inglaterra y á sus lados los duques de Alburquerque y Sessa, y luego el Condestable, el Marqués de Cuéllar y el Embajador de Inglaterra, el Conde de Pert, y los hijos y yerno, sobrinos del Almirante, y todos los demás caballeros ingleses: en medio de la mesa estaba una gran nao de plata con velas tendidas, que parecia en extremo bien. Comenzose á servir la mesa con tanta orden y abundancia y delicadeza de manjares, asistiendo al servicio muchos y muy grandes caballeros, que con esto y la diversidad de músicas, no se puede decir sino que fué cosa admirable; porque se certifica que se sirvieron mil y docientos platos de carne y pescado, sin los postres, y quedaron otros muchos por servir. Hiciéronse brindez en pie á la salud de los Reyes de España y de Inglaterra, que corrieron con alegría por toda la mesa, y en ella se pasó con mucho amor, deleite y gusto. Hubo otra mesa donde comieron todos los caballeros parientes del Condestable, que fueron muchos, y otra donde comieron los gentiles hombres ingleses, que serian cincuenta, y otras donde se asentaron otros de menor condición, que serian más de ciento y cincuenta; todas muy proveidas y servidas con orden, abundancia y cumplimiento de todas las cosas sin prohibir á naide de los que habían ido á mirar que tomasen lo que quisiesen, y los caballeros ingleses daban á las tapadas platos de conservas y confituras; y en suma se mostró en todo liberalidad, y se echó de ver cuanto conviene á los príncipes tener personas que en tales casos sepan con prudencia, destreza y ánimo generoso acudir á todo, como lo hizo en este caso Luis de Sarauz, mayordomo del Condestable.

Visita del Almirante al Duque de Lerma.

Este día el Almirante fué á visitar al Duque de Lerma, acompañado del Condestable. Entró por el cuarto de sumiller, y se fué á dar á una galería que estaba aderezada con una colgadura de oro y plata, bordada con muchas perlas y preciosas piedras, con figuras á pincel, que demás de su riqueza, parecia muy hermosa. Sentaronse los tres señores, y tuvieron grande espacio con mucho gusto, discurriendo en diversas materias,

y algunas de estado, con que se acabó este día, comenzando el Almirante desde luego á solicitar su despacho, diciendo que por haberse de hallar en ciertas dietas que se habían de tener para la concordia de los reinos de Inglaterra y Escocia,

El Almirante de Inglaterra solicita su despacho. no podía dejar de abreviar su vuelta; y entendió en visitar al Príncipe de Piamonte, y al gran Prior, su hermano; al Conde de Miranda, Presidente del Consejo; al Cardenal de Toledo y otros señores y señoras y á los embajadores, y envió á su hijo mayor á Madrid, á visitar á la Duquesa de Feria.

Nueva de la elección de Paulo V.

A los 2 de Junio llegó nueva que el Sacro Colegio de Cardenales había elegido en pontífice, á 16 de Mayo, á las diez horas de la noche, al Cardenal Burgésio; y demás de la costumbre que en estos reinos se tiene de hacer demostraciones de alegrías por la elección del Pontífice romano, quiso su Majestad que se hiciesen duplicadas por haber sido su padre y abuelo muy devotos servidores de su corona, y asimismo el Pontífice y bien afecto al nombre español; y así, se hizo una devota procesión general y tres días de luminarias, con particulares y generales gracias a Dios.

Convite que hizo el Duque de Lerma al Almirante de Inglaterra.

Quiso en todo caso el Duque de Lerma que el Almirante de Inglaterra conociese por diversos caminos de amor y cortesía, que se correspondía a la estimación que mostraba de la confederación

Jacobo VI, rey de Escocia, Primero de Inglaterra. hecha entre las coronas de España y la Gran Bretaña, y que por su parte había de

procurar que la buena inteligencia que desde España se tuvo siempre con el serenísimo Jacobo VI, Rey de Escocia, que ahora es Primero deste nombre en Inglaterra, se conservase para siempre; y para mayor demostración dello, el Duque le convidó a comer, a 7 del dicho, en su posada, que está unida con el palacio Real; y desto mostró el Almirante muy gran contento y gusto. El dicho día, porque la gente de la corte es deseosa de ver cosas nuevas, y en las tales suele cargar tanta, que embaraza e impide, el capitán Calderón, caballero del hábito de San Juan y gobernador de la guarda alemana, puso a la primera puerta soldados alemanes con un oficial, y en la escalera soldados de la guardia española, de que es teniente; se puso con el Vicealmirante de Inglaterra

y D. Blasco de Aragón, para que no entrasen sino los caballeros ingleses y gente suya.

En subiendo la escalera, estaba, después de un recibimiento, una gran sala, colgada de ricas tapicerías, y dos aparadores, que tomaban casi toda la sala de largo, y llegaban con sus gradas hasta casi el techo: el uno era de plata dorada, de grandes cántaros y vasos de

Aparador de plata. diversas hechuras, fuentes, aguamaniles y otras tales piezas y vasijas; el otro de plata blanca en grandísima cantidad, también de grandes vasos y piezas de diversas hechuras, y muchas mesas de botillerías, con gran recado de lo que era menester, todo puesto con gran orden y pulcía, y criados para acudir al servicio. En otra cuadra, que estaba colgada de tela de oro, había otros dos aparadores con fuentes y diversidad de muchas piezas de oro macizo y de cristal de roca, guarnecidas de oro con fina pedrería, y muchas piezas de aguas marinas ricamente adornadas, que parecían esmeraldas. El otro aparador era de vidrios de Venecia y

Aparador de piezas de oro macizo y cristal de roca. Barcelona, muchos y muy de varias hechuras, que hacían hermosa vista, con muchos barros finos de Portugal y botillería, con muchos flascos de plata y cantimploras con diversidad de vinos y cerveza al uso de Inglaterra. La tercera pieza estaba también con ricas tapicerías de oro y un rico dosel. La cuarta era una gran sala de ochenta pies de largo, que llaman la galería, adrezada con tapicerías de brocados, labradas a modo de grotesco, y en ella estaba, en un corredor, acomodada la música, sin que hi-

Música para la comida. ciese impedimento, y con diversos instrumentos y voces muy escogidas hacía su oficio en cuatro coros, y juntándose, parecía cosa del cielo; y en otra pieza fué la comida. En la quinta pieza, que es una gran cuadra, estaban unas tapicerías de seda y oro, figurados en ellas los hechos de los Sandovalés, deviseros de Castilla, y entre ellos Ruy Gutiérrez de Sandoval y Diego Gómez de Sandoval, peleando en la conquista de Sevilla, y Gutiérrez Díaz de Sandoval, que murió con los infantes peleando con los moros en la vega de Granada, y Gómez Gutiérrez de Sandoval, y Gutierre Díaz de Sandoval, que defendían a Lerma de todo el poder de Castilla, y después el uno destos, que peleaba con los moros, siendo general en la frontera de Jaén, y ambos, que servían al Rey D. Alonso en el sitio de Algecira, y el uno de ellos, que murió en una emboscada que se hizo a los moros. En otra parte se vían Diego Gómez de Sandoval y Pedro Díaz de Sandoval, que morían en la batalla de Nájera, sirviendo al Rey D. Pedro, y los hermanos Hernán Gutiérrez y Alvar Gutiérrez de San-

doval, muertos en la batalla de Aljubarrota, en servicio del Rey D. Juan. A otro lado parecía Diego Gómez de Sandoval, peleando en las guerras de Antequera con los moros, y cómo los vencía en la batalla de Setenil, y peleando en la de Olmedo, y triunfando de los valencianos, vencidos en la batalla con la mitad menos gente que ellos, y como era uno de los gobernadores de Castilla en tiempo de D. Juan II, y él y su mujer D.^a Beatriz de Avellaneda, padrinos en el bautismo del Príncipe D. Enrique. También se vía Don Hernando de Sandoval, que juntamente con el Rey D. Alonso combatía en la reñida batalla naval contra ginoveses, en la isla de Ponza; y a otro lado D. Bernardo de Sandoval, en las guerras de Granada, mayordomo mayor del Rey Católico y de su Consejo, que llevaba su cuerpo a Granada, y que después tenía a su cargo a la Reina Doña Juana en Tordesillas, y preso por los capitanes de las Comunidades; y a D. Luis su hijo, en el mismo oficio; y a D. Francisco Gómez de Sandoval, sirviendo en la jornada del Peñón de Vélez, y que iba por embajador a Portugal; y a su hijo D. Francisco Gómez de Sandoval, Duque de Lerma, Marqués de Denia, Comendador mayor de Castilla, del Consejo de Estado, sumiller de Corps y caballero mayor del Rey, nuestro señor, y su Capitán general de la caballería de España. Todas las dichas piezas estaban con muchos perfumes y olores muy perfetos, y las mesas en la mayor sala también y curiosamente puestas, y los aposentos dichos con los aparadores y demás cosas con mucha curiosidad.

Viniendo el Almirante, tocaban muchos atabales y trompetas, que estaban en la plazuela, adonde cae la sala de la comida, y el Duque y el Almirante se sentaron en la cabecera de la mesa, que era algo más ancha que lo demás della, y luego el Embajador de Inglaterra, y cada uno en su lugar; no hubo ningún español, sino es Don Pedro de Zúñiga, que iba por embajador a Inglaterra, por el conocimiento que ya tenía con los caballeros ingleses y introducción que con ellos iba tomando, y D. Pedro Pacheco, hermano del Conde de Caracena, como conocido y amigo, para que los tuviese compañía, brindase y regalase. Comenzose la comida con tantas y tan diversas viandas exquisitas y delicadas, que fué cosa maravillosa, no cesando jamás la música en son tal, que no ofendía, sino que deleiteaba al Almirante y al Duque. A cada uno se ponía plato entero de cada cosa, que fué mucha grandeza y los servían los caballeros de la cámara y muchos señores de título; y el Marqués de San Germán y D. Blasco de Aragón ponían las viandas en la mesa y levantaban los platos, y a los caballeros ingleses asistían otros muchos señores y caballe-

ros, para hacerlos servir y dar de beber, porque en nada se faltase.

A su tiempo se pusieron las postres de frutas varias y admirables, y cuando fué tiempo se quitaron los primeros manteles, y en un momento se vió la mesa llena de grandísima diversidad de confituras y conservas, en tanto grado, que causó gran maravilla.

Cuando se sentaron a comer el Duque y el Almirante, se lavaron en dos fuentes de oro macizo, y cuando acabaron, en dos de cristal, guarnecidas con pedrería. Acabada la comida, se pasó el Almirante por otra galería, que estaba muy bien adrezada, a reposar en una pieza colgada de muy ricos paños labrados **Comida en casa del Duque de Lerma.**

comieron todos los señores y caballeros que habían asistido a la comida, y más de docientos gentileshombres ingleses y criados del Almirante; y cuando fué tiempo se bajaron **El Almirante solicita su despacho.** una fuente y estaba cubierto con un toldo muy fresco y muy bien adrezado, y allí se representó una comedia, que fué recetada con general aplauso y gusto, y los Reyes la vieron desde una gelosía. Este día volvió el Almirante a solicitar su despacho, para el cual se resolvieron algunos puntos que había pedido a su Majestad.

Con esta resolución, de que el Almirante se tuvo por muy contento, ordenó su Majestad que el Condestable le llevase a la segunda audiencia, y así lo hacía, acompañado de todos los deudos y amigos suyos, que fueron muchos, y su Majestad le recibió en pie en la galería, arrimado a un bufete, y allí se hizo la presentación del Embajador ordinario, y hablaron en otras **Audiencia segunda que da el Rey al Almirante.**

materias. Acabada el audiencia del Rey, pasaron el Almirante y el Embajador con el mismo acompañamiento al cuarto de la Reina, nuestra señora, y las damas dieron lugar, como se hace en semejantes audiencias, y le tomaron algunos caballeros ingleses, que este día fueron, como los demás a su usanza, ricamente vestidos; y habiéndole presentado también al embajador a la Reina, nuestra señora, que le recibió en pie, como en la primera audiencia, y después de grandes recados de la serenísima Reina de Inglaterra, de su parte dió á su Majestad una rica joya que era una águila de diamante, coronada, y el tusón por pendiente, con dos requisísimas perlas, que **Presente de la Reina de Inglaterra a la Reina, nuestra señora.** toda ella fué estimada en doce mil ducados; y su Majestad la recibió con su acostumbrada benignidad, y respondió con tan gratas palabras, que quedó muy alegre y contento, y el Condestable le volvió a su posada. Y habiéndose concertado los

puntos arriba dichos, sobre que el Almirante, por algunas dudas que se le ofrecieron, tuvo algunas juntas con el Embajador ordinario y con el Veedor general de la armada, quitándose y poniéndose en los capítulos algunas palabras, todo como lo afirma D. Blasco de Aragón y se vió con efeto, a fin de que se conserve largamente la paz, de cuyo deseo daba el Almirante claras y evidentes muestras, llegó el día del Corpus.

Procesión del Corpus.

El día de la fiesta del Santísimo Sacramento, que llaman de *Corpus Crhisti*, como el Rey, nuestro señor, lo acostumbra, fué á la procesión y salió con ella desde la Iglesia Mayor, y siempre anduvo con la gorra en la mano, y una vela encendida, con el ejemplo de católica piedad que siempre ha mostrado. Iba el Obispo de Valladolid Inquisidor general, vestido de pontifical, y el Regimiento, como es costumbre, llevaba las varas del palio del Santísimo Sacramento; cerca de la persona de su Majestad, en los lugares ya conocidos, iban el Cardenal de Toledo, el Príncipe de Piemonte, y el gran Prior, su hermano, el Duque de Lerma, los duques de Alburquerque, Infantado, Cea, Alba, Pastrana, y el Conde de Alba, y detrás el Marqués de Velada y el Marqués de Falces, capitán de la guarda de los archeros. Delante de su Majestad, en dos coros, como se usa, iban los Consejos, cada uno en su lugar, con velas encendidas y los mayordomos del Rey haciendo su oficio. Toda la clerecía, las órdenes y cofradías, con sus insignias, que eran muchas, llevaban su lugar, con mucha cera, y asimismo los señores y caballeros, todos muy galanes, y la procesión fué grande y bien ordenada. Salíó de la Iglesia Mayor á la Corredera, y la Reina, nuestra señora, con el Duque de Sessa y la camarera mayor estaban en una ventana, y en las otras las damas, y con grandes muestras de devoción adoró su Majestad el Santísimo Sacramento, y pasado, estuvo en pie hasta que pasó el Rey. El Almirante de Inglaterra, con sus hijos y sobrinos y muchos caballeros ingleses, estuvieron en las ventanas de su posada, en la casa del Conde de Salinas.

Una parte de los caballeros ingleses anduvieron en la procesión, so color de curiosos, con gran acatamiento, habiendo parecido á todos notable cosa la grandeza con que lo espiritual y corporal se celebra en esta córte; porque en las calles había mucha riqueza de tapicería y pinturas, y en todas había grandes toldos de lienzo, que con gran gusto puso la Ciudad, y con brevedad, por la buena diligencia del Corregidor D. Diego de Sandoval.

Ratificación del juramento de las paces con Inglaterra.

El dicho día de *Corpus Christi*, en la tarde, mandó su Majestad que se celebrase la ratificación del juramento de las paces establecidas con la corona de Inglaterra, que era el principal efeto de la venida del Almirante; y para ello el Condestable de Castilla fué, muy acompañado de muchos señores y caballeros muy galanes, á la posada del Almirante, adonde D. Blasco de Aragón había proveido de caballos para todos los señores y caballeros ingleses; y llevando el Condestable á su mano derecha al Almirante, que llevaba el collar de la Orden de la Jarretera y la misma Jarretera de oro de martillo, guarnecida de diamantes, en la pierna izquierda, y muy galan, como lo iban todos los caballeros ingleses, fueron á palacio, y subiendo á la antecámara, toparon á su Majestad en la galería, que iba acompañado de los grandes, que eran los duques de Alburquerque, Alba, Infantado, Sessa, Pastrana, Cea, Conde de Alba y el Marqués de Velada, su mayordomo mayor, y de los demás mayordomos y caballeros de su cámara; tomó á su lado al Almirante, pasandose el Condestable con los grandes. Delante de su Majestad iba el Duque de Lerma, que llevaba el estoque, como caballerizo mayor, y los cuatro reyes de armas con sns cotas y cuatro maceros con sus mazas en el lugar que les tocaba; se fué caminando por las galerías, cuyas ventanas estaban abiertas, por lo cual se vía muy bien pasar todo el acompañamiento y á su Majestad desde la plaza, adonde había un tablado, en el cual estaban tocando siempre los atabales y trompetas. La sala Real, que comunmente se dice el salón, estaba colgada de ricas tapicerías y en la frente un rico dosel y una silla de brocado, con una gran tarima de dos gradas en alto, cubierta de alhombros; y allí estaba aguardando el Cardenal de Sandoval, Arzobispo de Toledo. Sentado su Majestad, á su mano derecha, debajo de la segunda grada de la tarima, se sentó el Cardenal en silla alta de terciopelo carmesí, y consecutivamente della se sentaran los grandes en su banco, estando cabe su Majestad el Duque de Lerma, en pie, con el estoque, y el Marqués de Velada, mayordomo mayor, á la mano izquierda del Rey. Enfrente del Cardenal se sentó el Almirante de Inglaterra en silla rasa de terciopelo carmesí, y más abajo, en banco, el Embajador D. Carlos Corneualeys, caballero de la cámara privada del Rey, uno de los lugartenientes Reales en la provincia de Nortfolc, y de su Consejo, y no hubo más embajadores.

NARCISO ALONSO CORTÉS

(Continuará).